

**LOS LUGARES QUE INVENTAMOS**  
GEOGRAFÍAS IMAGINATIVAS EN LA LITERATURA DE VIAJES,  
LA PROSA Y EL QUEHACER FILOSÓFICO COSTARRICENSE  
(1850-1950)

Esteban Barboza Núñez

COLECCIÓN CILAMPA







**LOS LUGARES QUE INVENTAMOS**  
**GEOGRAFÍAS IMAGINATIVAS EN LA LITERATURA DE VIAJES,**  
**LA PROSA Y EL QUEHACER FILOSÓFICO COSTARRICENSE**  
**(1850-1950)**



COLECCIÓN CILAMPA

**LOS LUGARES QUE INVENTAMOS**  
GEOGRAFÍAS IMAGINATIVAS EN LA LITERATURA DE VIAJES,  
LA PROSA Y EL QUEHACER FILOSÓFICO COSTARRICENSE  
(1850-1950)

Esteban Barboza Núñez



**EDICIONES**

ESCUELA DE LITERATURA  
Y CIENCIAS DEL LENGUAJE

863.44

B239-1 Barboza Núñez, Esteban

Los lugares que inventamos. Geografías imaginativas en la literatura de viajes, la prosa y el quehacer filosófico costarricense (1850-1950). / Esteban Barboza Núñez. – 1.ª ed. – Heredia: Ediciones Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje, Universidad Nacional, 2021.

68 páginas : 25 x 18 centímetros.

ISBN 978-9930-9648-9-7

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. NARRATIVA COSTARRICENSE 3. CRÍTICA LITERARIA – AUTORES COSTARRICENSES. I. Título



COLECCIÓN CILAMPA

*Los lugares que inventamos. Geografías imaginativas en la literatura de viajes, la prosa y el quehacer filosófico costarricense (1850-1950).*

© Esteban Barboza Núñez

Primera edición, 2021

ISBN: 978-9930-9648-9-7

© Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje, Universidad Nacional, Costa Rica

Teléfono: (506) 2562-4051

Portal electrónico: <http://www.literatura.una.ac.cr/>

Heredia, Costa Rica

Corrección filológica: *Sherry Gapper, Carlos Francisco Monge y Francisco Javier Vargas Gómez*

Diseño preliminar: *Comisión Editorial de la ELCL*, con la colaboración de *Marta Lucía Gómez*

Diseño definitivo: *Daniela Hernández*

Diagramación: *Francisco Javier Vargas Gómez*

Control de calidad: *Sherry Gapper, Carlos Francisco Monge y Francisco Javier Vargas Gómez*

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje,  
Universidad Nacional, Costa Rica (Heredia, Costa Rica).





# ÍNDICE

Nota preliminar.....	11
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>13</b>
<b>IMAGINARIOS SOCIALES.....</b>	<b>17</b>
<b>GEOGRAFÍAS IMAGINATIVAS.....</b>	<b>23</b>
<b>LA PROBLEMATIZACIÓN DEL ESPACIO Y EL PAISAJE.....</b>	<b>27</b>
<b>LAS GEOGRAFÍAS DE LA IMAGINACIÓN EN ACCIÓN EN LA LITERATURA DE VIAJES, LA NATURALEZA, LA PROSA Y EL QUEHACER FILOSÓFICO EN COSTA RICA .....</b>	<b>33</b>
Apuntes previos sobre la naturaleza en la modernidad .....	35
Paisajes y habitantes en la literatura de viajes en Costa Rica (1850-1910).....	39
Las geografías imaginativas en la literatura y la filosofía en Costa Rica .....	48
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>61</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA CITADA .....</b>	<b>63</b>



# NOTA PRELIMINAR

En 1994 se publicó *Costa Rica: A Traveler's Literary Companion*, una antología de narrativa costarricense que incluía cuentos de varios escritores costarricenses, traducidos al inglés. Al margen del valor literario de los contenidos, valdría señalar ciertos aspectos de índole más bien paratextual manifiesto en el tomo. Para comenzar, en un recuadro sobre la tapa se deja ver un conjunto de tres o cuatro casitas, todas encajadas en medio de una suerte de enclave rural boscoso, rodeadas de abundosa vegetación que exhibe múltiples tonos de verde; al fondo se levanta una cordillera de azuladas montañas descansando bajo un cielo violáceo. Sobre el recuadro, también en tonos verdes, se dibuja la silueta de una hoja de palma que luce a su vez como fondo para el título de la antología.

En el interior del libro, pasada la portada, un epígrafe y una dedicatoria, quien lee da con un prólogo escrito por el expresidente y premio Nobel de la Paz, Oscar Arias Sánchez; además, su nombre figura en la tapa y en la portada interior, abajo del de la editora. Afirma el prologuista que la literatura en general —y la antología referida en particular— es una manera de «[...] ofrecerle al viajero la oportunidad de penetrar en el alma costarricense y de palpar nuestra más íntima realidad [...]» [mi traducción]. Desde el punto de vista temático, los textos giran en torno a los grupos marginales, la naturaleza, lo regional, el amor, el trabajo, la topografía del país, la pobreza, el campesinado y los obreros del ferrocarril. El lector meta: turistas de habla inglesa que viajan a Costa Rica en cierta época (la década de 1990) cuando se vio el turismo como un recurso para salvar al país de la crisis de la década de 1980.

Sin duda, el aparato paratextual que envuelve las traducciones en *Costa Rica: A Traveler's Literary Companion* proyecta una imagen del país muy extendida en el exterior. No obstante, lo verdaderamente relevante es que al mismo tiempo tal aparato sanciona una imagen que nos hemos esforzado por imponer a nosotros mismos a lo largo de los últimos dos siglos. Así, esa recopilación de relatos, coproducida por agentes internos y externos, es una de las numerosas iniciativas que mantienen vigente *cierto* imaginario nacional alrededor del cual se ha construido el mito de la identidad costarricense y de la vida en Costa Rica; un imaginario que no necesariamente representa las realidades que experimentaban la mayoría de los habitantes del país ni en la década de 1990 ni en la actualidad.

De estos y otros temas de interés se ocupa esta novena entrega de la Colección CILAMPA. En esta entrega, que se desprende de la tesis doctoral *Litorales imaginados, dominios contruidos: desarrollo turístico de sol y playa y discurso colonial en Guanacaste, Costa Rica* (2019), su autor Esteban Barboza no solo nos compele a poner en entrecicho la imagen de lo costarricense que se nos atribuye desde el exterior; nos confronta con nuestra propia forma de imaginarnos y, por extensión, de construirnos a partir de estereotipos (auto) impuestos que se traspasan de generación en generación.

Con ello en mente y con la noción de *geografías imaginativas* (Said, 1978), en una primera sección Barboza analiza cómo los llamados *imaginarios sociales* se relacionan con la cuestión social y con la misma realidad. Luego y con el fin de profundizar en el tema, retoma la idea de las geografías imaginativas y su influencia directa sobre la imaginación/creación de lugares, espacios, paisajes y realidades. En una tercera sección, problematiza sobre los conceptos de espacio y paisaje como construcciones imaginadas a las cuales asociamos valores que eventualmente se tornan dominantes. A lo largo de la cuarta sección, Barboza emprende un análisis de ciertas manifestaciones literarias y filosóficas costarricenses o sobre Costa Rica, y cómo mediante estas se posicionan y entronizan, pero también se subvierten determinados discursos hegemónicos. A manera de cierre, nos recuerda que las ideas expuestas son una herramienta útil para sacar a la luz las conexiones entre la producción escrita de una sociedad y los discursos hegemónicos, que estando presentes en dicha producción, no son fáciles de detectar: «El poder hegemónico se sanciona a través de medios que en principio no están relacionados con los aparatos represivos del Estado; en esta sanción los intelectuales a menudo tienen papeles protagónicos. Es necesario que quien se ocupa del estudio de los textos advierta estas conexiones». Acoger, pues, las premisas que Esteban Barboza nos plantea en este cuadernillo implica reconocer que la realidad se constituye a partir de cómo la imaginamos.

FRANCISCO VARGAS GÓMEZ

*Diciembre de 2021*

# INTRODUCCIÓN

El uso del concepto *geografías imaginativas*, las formas de sustentar imágenes de lo propio y de lo local y, a la vez, de lo extraño y lo lejano (Said, 1978), puede constituir una herramienta fundamental para entender cómo se ha imaginado la geografía costarricense en la escritura de viajes, en la literatura y en el discurso filosófico, desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX. Al mismo tiempo, resulta útil para comprender cómo tales formas de imaginar, los discursos y fantasías que sustentan esa imaginación, y las relaciones de poder que se entretajan en esas maneras de pensar el territorio han contribuido, mediante la literatura de viajes, la prosa y el discurso filosófico académico, a difundir modos de ver, a pensar nuestras circunstancias al habitar y construir el territorio costarricense, y a demarcar los límites de lo que imaginamos como auténticamente propio.

Con ello en mente, el objetivo de este ensayo es analizar teóricamente lo imaginario y las geografías imaginativas, así como su contribución al pensar y crear paisajes y lugares en Costa Rica. Esa tarea se realiza con el análisis de momentos claves de la narrativa costarricense y del quehacer intelectual local. Se discuten las conexiones entre tales formas de imaginar y ciertos discursos hegemónicos acerca de lo que significa ser costarricense, fabricados a mediados del siglo XIX, pero con gran vigencia a lo largo de la historia política, institucional e intelectual del país, incluso hasta nuestros días.

Antes de emprender esta tarea conviene algunas consideraciones previas. Primero, es necesario reconocer que el análisis literario parte, entre otros factores, de la apreciación y evaluación de la manera en que interactúan los elementos que componen el texto; también se requiere, en su examen, tener en cuenta la percepción del lector y, en contextos más formales, los principios teóricos que contribuyan al análisis de un texto y a su recepción.

Tanto los elementos propios del texto como el punto de vista del lector, además de la teoría, son los que, de forma interactiva entre sí, van a propiciar una interpretación del texto. Todas estas consideraciones previas nos llevan ineludiblemente a pensar, entonces, en cuáles son los alcances de la literatura y cuál es su función, ya sea en contextos como el educativo formal o en la sociedad en términos generales, y si sus propiedades son suficientes para considerarla un arte de alguna u otra forma capaz de conectarse con imaginarios sociales mayores, que superan el ámbito del quehacer literario, y con los procesos de distribución de valores hegemónicos o bien su cuestionamiento.

En cuanto a la forma de la literatura, el debate parece ser más amplio que el que discute sus cualidades funcionales. Cuando se plantea las definiciones funcionales y estructurales de la literatura, Tzvetan Todorov (1973) concluye que si bien la idea de la funcionalidad de la literatura podría debatirse, no sucede lo mismo con la noción de la literatura como un ente estructural aparte. Es decir, que sería imposible definir la literatura y entenderla únicamente a partir de especificar sus diferencias en relación con otras formas de escritura. Sin embargo, sería un error intentar entender y abordar la literatura únicamente a partir de perspectivas materialistas que descuiden sus particularidades estéticas.

Como indica Jonathan Culler (2007), como parte del quehacer de la teoría y el análisis literario, es necesario prestarle atención a la sensualidad de la experiencia estética, y particularmente al papel de la imaginación en la construcción de esa sensualidad, para así explicar cómo la literatura puede construir intensos conciertos imaginativos del tipo requerido para producir un efecto. En otras palabras, tanto en la literatura como creación, o bien en su abordaje analítico y teórico, la cuestión de lo imaginario y la imaginación son fundamentales. Ya sea porque la literatura es un arte en el cual la imaginación juega un papel fundamental a la hora de crear universos con mayor o menor coincidencia con aquello que cotidianamente llamamos mundo real, o bien porque utilice un lenguaje distinto al ordinario, es preciso detenerse a pensar cuál es la relación entre lo imaginario y la literatura, y su conexión con las situaciones mundanas o extraordinarias que sirven de motor al quehacer literario.

En el canon filosófico occidental ha existido un debate sobre cuán cercana o lejana es la literatura y el registro literario de la cotidianidad, o bien, sobre cuál es la influencia de las obras literarias entre quienes las consumen; es decir, qué efectos tiene la literatura en la vida cotidiana. Las posiciones acerca de lo que hoy llamamos literatura, en pensadores como Platón y Aristóteles, parecen no solo fundar, sino también sintetizar estas visiones, en principio divergentes, pero a la vez complementarias. El primero, en *La República*, debate acerca de la utilidad o inutilidad de la poesía como fuente de conocimiento y como herramienta educativa. Discute la función de los poetas en la educación y la moral de una sociedad, y argumenta si es conveniente o no que los niños escuchen con tanta facilidad mitos escritos por determinados autores y reciban opiniones opuestas a aquellas que deberían tener al llegar a grandes. Por consiguiente, hace un llamado a supervisar a los «forjadores de mitos» y a aprobarlos cuando sirvan un propósito noble, o a rechazarlos en caso contrario (Platón, 1986). Es decir, se deduce el papel funcional que Platón le asigna a la poesía así como su idea acerca de la influencia que ejerce en la sociedad, por medio de la transmisión de conocimientos y en la forja de valores morales en la audiencia.

Aristóteles, en su *Poética*, sienta las bases de lo que hoy llamamos teoría literaria, con su definición de la tragedia y sus elementos fundamentales, la

interacción de esos elementos entre sí, la unidad de acción y la forma en que los diferentes componentes de la tragedia dan sentido a la obra como un todo. En su análisis, sin embargo, abarca la verosimilitud de la obra poética con la realidad y su relación con las emociones y la moral de la audiencia, especialmente a través de la catarsis o purificación de las pasiones mediante las emociones que provoca la contemplación del sufrimiento de un héroe trágico (Aristóteles, 1974). Discute la diferencia entre el poeta y el historiador, y apunta que no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, a partir de la verosimilitud o la necesidad. El historiador dice lo que ha sucedido; el poeta, lo que podría suceder.

Conforme a tales nociones emanan dos derivaciones del pensamiento aristotélico acerca de la literatura: primero, que constituye un arte en sí mismo, no tanto por el hecho de que tenga una forma de expresarse particular —recordemos que, en esa época, en Grecia, otras formas de conocimiento, como la ciencia o la historia, también se escribían en verso—, sino porque tiene una estructura y una unidad propias, posibles de examinar utilizando un determinado método; segundo, que la literatura tiene una relación con el mundo real, con la moral y con las emociones de la audiencia que escucha o lee poesía, o asiste a la representación de una tragedia.

Todo el canon de análisis literario occidental, desde Platón y Aristóteles hasta la actualidad, ondula entre estas dos concepciones: la literatura como fuente de saber y transmisora de conocimientos con enorme influencia en la moral de la audiencia, y la literatura como un arte estructurado en sí mismo y que, para su entendimiento cabal, requiere ser analizado como tal. Los enfoques históricos y biográficos del siglo XIX, los formalistas de inicios del XX, los métodos marxistas o hasta los más contemporáneos, derivados de enfoques postestructuralistas, tienen que ver con una u otra forma de entender la literatura, o bien, con una mezcla de ambas.

Ningún enfoque de análisis literario en nuestros días puede ser tomado en serio si no cuenta con herramientas rigurosas para aproximarse al texto en sí, heredadas de aproximaciones estructuralistas, formalistas o bien del *New Criticism* de inicios del siglo pasado. Tampoco puede obviar las conexiones entre el texto literario, como una estructura particular, y el mundo en el que se produce, las relaciones de poder que permiten su producción y difusión, sus autores y sus condiciones, o bien los discursos que habitan tales textos. Enfoques que recurren a la teoría crítica, los estudios culturales, diferentes corrientes feministas y de género, estudios poscoloniales, entre muchos otros, enfatizan esas conexiones en sus análisis.

Si aceptamos que el quehacer del análisis y la crítica literaria debe incluir tanto la parte puramente estructural como la cuestión derivativa de las obras que se estudian, entonces es preciso entender cómo funciona la cuestión de lo imaginario a nivel social en la producción, consumo y análisis literario. Re-

sulta relevante abordar tal asunto debido a que, tanto por la constitución de la literatura como por su temática, la cuestión de la imaginación tiene un lugar central, y de ese lugar parece derivarse tanto lo funcional como lo puramente abstracto e imaginario de la literatura. O bien, ambas derivaciones a la vez se entrelazan, de modo que una no puede existir sin la otra, y entre las dos le dan sentido a las formas en las que entendemos, estudiamos o producimos literatura, y a su función social.

El discurso filosófico, especialmente en un contexto académico forma, como el que se discutirá en este trabajo, tiene una relación —o debería tenerla— con las realidades que ausculta aún más próxima que la que tiene la literatura. La filosofía parte de una capacidad de cuestionarse y de examinar el funcionamiento de nuestras formas de entender el mundo. Es el estudio de las ideas, entendidas, desde una perspectiva platónica, como firmes, fundamentadas y verificables lógica y racionalmente, lo opuesto de la *doxa*.

Es decir, en el discurso filosófico la percepción de la realidad debería darse de modos más rigurosos y racionales, y menos imaginativos que los que permite la literatura. Sin embargo, como se verá a continuación, la filosofía tampoco escapa del ámbito de lo imaginario y de la imaginación; mucho menos escapa de los discursos que orientan los imaginarios sociales de un determinado contexto. Por el contrario, como se verá en el apartado teórico de este escrito, nos ayuda a entender y a explicar nuestra relación, como seres humanos, con eso que llamamos imaginación. En el caso del discurso filosófico académico en Costa Rica, lo imaginario nos ayudará a entender cómo toda una generación de pensadores imaginó la geografía costarricense y sus habitantes, y cuáles eran las conexiones entre esas formas de imaginar y los poderes hegemónicos que en gran medida indicaban esas formas de pensar.

# IMAGINARIOS SOCIALES

Ante tal convergencia entre la literatura, el discurso filosófico y lo imaginario, es entonces necesario preguntarse qué son los imaginarios sociales y cómo entrelazan la cuestión imaginaria, tal y como la entendemos en el lenguaje ordinario, con la cuestión social, más funcional, concreta y cercana a aquello que comúnmente llamamos realidad. Una de las premisas básicas de la cuestión de lo imaginario y su relación con la constitución de las sociedades modernas demanda no solo abordar la cuestión de la imaginación por sí misma, sino también analizarla y entenderla como síntesis y, principalmente, como fuente de lo real y de lo social; en otras palabras, como modo de imaginarnos en tanto personas, sociedades y naciones, y cómo nos desenvolvemos a partir de las formas en que nos imaginamos. No se trata de analizar la imaginación y los imaginarios sociales como verdaderos o falsos a partir de una «realidad» específica, sino como los modos en que las sociedades se perciben y, a la vez, se constituyen, desarrollan y sobreviven.

Para una mejor comprensión de esta idea, conviene echarle un vistazo a la contribución de Cornelius Castoriadis (1975), para quien ningún orden social es pura funcionalidad. Por el contrario, afirma, las sociedades se organizan a través de significaciones imaginarias instituidas de manera simbólica. En otras palabras, todo lo que consideramos como dado o real en el entramado social está relacionado y, de cierta forma, imbricado con lo simbólico, más allá de las posibles elecciones individuales que un sujeto crea que puede hacer. En toda sociedad existe una estructura compleja de instituciones y fuerzas instituyentes que viven en permanente tensión con los símbolos ya instituidos, y en donde siempre existe la posibilidad de crear nuevos símbolos aún no existentes.

Las sociedades se revelan en sus instituciones; al mismo tiempo, tienen cierta apertura e indeterminación por aquello que aún no ha sido instituido. Presentan un carácter de autoconstitución anónimo y cada una se organiza a partir de esas significaciones, que, a la vez, adiestran a los sujetos para que colaboren en su mantenimiento y en su reproducción. Como consecuencia de este funcionamiento y reproducción de las sociedades a partir de símbolos, estas se convierten en realidades históricas con alteraciones constantes de sus significaciones. Así, el desarrollo del mundo a nivel histórico sería, fundamentalmente, el desarrollo de las significaciones, y la cuestión histórica es la producción de nuevos sistemas de significados y significantes.

En cuanto a la constitución de las sociedades modernas, Castoriadis sostiene que las mismas están repletas de significaciones menores, menos relevantes, que cambian constantemente para que las significaciones mayores y centrales no cambien nunca, incluso cuando estas ya hayan perdido el sentido con el que emergieron (Castoriadis, 1998). En consecuencia, existe en las sociedades modernas una suerte de repetición. Esta constante negación de la creación conlleva a un ocultamiento de lo imaginario y hace que la historia y las sociedades mismas se perciban como gobernadas por una instancia superior a ellas, y que lo imaginario se vea como falso o como lo opuesto a la «realidad».

En suma, una sociedad no es solamente un sistema funcional para la convivencia de sujetos y para la satisfacción de sus necesidades; pero tampoco es solamente una red de símbolos y de factores imaginarios. Las sociedades básicamente funcionan a partir de relaciones entre lo simbólico y lo imaginario, y su simbiosis con las prácticas cotidianas. Esta relación es la que les permite constituirse, existir y sobrevivir. Para Castoriadis «la institución es una red simbólica, socialmente sancionada, en la que se combinan, en proporción y relaciones variables, un componente funcional y un componente imaginario» (Castoriadis, 1998, p. 227).

Así, lo imaginario le da a la funcionalidad de cada sistema institucional su orientación específica y no es lo que, en la vida cotidiana, o incluso en algunas corrientes de pensamiento marxista se cree: una forma de ocultamiento de lo real o una forma de dominación. Es más bien una condición de la existencia de lo real. Ese es tal vez uno de los mayores aportes del filósofo greco-francés: tratar de demostrar que lo imaginario no es falsa conciencia, ni ideología, ni mecanismo de dominación, ni mucho menos lo que el término implica en el habla cotidiana, es decir, un invento o una ocurrencia alejada de lo real. Lo imaginario es, por el contrario, un centro de creación y renovación de las significaciones que mueven y sostienen a las sociedades.

La literatura no escapa, ni como ejercicio que le pone especial atención a la imaginación y a lo imaginario ni como objeto de estudio formal ni como actividad mundana, a este alcance de los imaginarios sociales. Independientemente del género o la distancia entre la ficción y lo que llamamos realidad, en una obra literaria esa interacción entre el texto y lo que Castoriadis llama el magma de significaciones —«organización de una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto, ejemplificada por lo social, lo imaginario y lo inconsciente» (Castoriadis, 1975, p. 34)— siempre va a existir. Es decir, llega el momento en que lo histórico y lo social, más fácil de trazar y explicar, o la estructura formal de un texto resultan insuficientes para entender todas las interacciones y conexiones entre los elementos que constituyen el texto mismo y sus derivaciones. Por tanto, no es posible separar el texto de lo histórico y lo social, y a su vez de lo simbólico y lo imaginario. Es la combinación de todos estos factores, nutridos por ese magma de significaciones difuso e imposible

de determinar en su totalidad, lo que posibilita la existencia del texto y, en nuestro caso, lo que facilita su interpretación y la posibilidad de relacionarlo con factores en principio insospechados, pero que nutren el texto, según se verá más adelante.

Por otro lado, para el filósofo canadiense Charles Taylor (2006), otra influyente voz contemporánea en el tema de los imaginarios sociales, estos son más que las construcciones intelectuales que puedan elaborar los filósofos o los científicos sociales al reflexionar sobre las realidades sociales. Más bien, se trata de los modos en que la gente imagina su existencia social, el tipo de relaciones que mantienen unas personas con otras, lo que ocurre en dichas relaciones, las expectativas y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a esas expectativas. A diferencia de una teoría, vista por Taylor como el coto privado de una minoría de intelectuales, un imaginario es una concepción colectiva que todo el mundo entiende, que se manifiesta a través de imágenes, historias y leyendas, y que posibilita prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad. No obstante, reconoce la posibilidad de que los imaginarios provengan también de ideas de ciertos sujetos, que puedan ser inducidos, al contrario de lo que propone Castoriadis, que enfatiza el carácter anónimo y hasta cierto punto azaroso de los imaginarios sociales.

Taylor basa su noción de imaginarios sociales —sobre todo aquellos surgidos en Europa a inicios de la modernidad y que son la base de la idea que desarrolla— principalmente en dos procesos ocurridos a lo largo del siglo xv: el proceso de civilidad y el del desencantamiento del mundo. El primero se refleja en la valoración de la educación humanística, el autocontrol y la disciplina. El segundo, en dejar de percibir la identidad propia, e incluso la idea de prosperidad, como dictadas por algo divino e inexplicable, fuera de la sociedad. De manera opuesta, la identidad pasa a explicarse, y sucede, a partir de fenómenos y hechos concretos que pueden estar bajo el control de los sujetos mismos y que no requieren de la legitimación por parte de una divinidad.

A partir de tales procesos, según Taylor, tres formas de entendimiento mutuo transforman el imaginario social premoderno en los imaginarios sociales modernos<sup>1</sup>: la economía como realidad objetivada, la esfera pública y la autodeterminación o el autogobierno democrático. La combinación de las tres dará forma a la sociedad civil que surge en el siglo xviii, comprendida como de naturaleza secular, y que se diferencia claramente del ámbito político. La

---

1 Taylor sostiene que no existe una sola modernidad. Más bien, afirma, existen múltiples modernidades, por lo que también existirían distintos imaginarios, con matices de particularidades locales. Su idea es que existen diferentes formas de erigir y animar instituciones modernas como el Estado burocrático, la economía de mercado, la ciencia y la tecnología, entre otros (2006).

economía se empieza a entender como una dimensión social en la que cada sujeto, persiguiendo objetivos individuales, logra, por mecanismos estructurales, el beneficio colectivo. La esfera pública es el espacio de discusión en donde se forma opinión en temas de interés general. Finalmente, la idea del pueblo soberano, expresada a través de revoluciones como la francesa o la independencia estadounidense, habría determinado el nacimiento de la idea del pueblo como agencia colectiva.

Una característica común de los aportes de Castoriadis y de Taylor acerca de los imaginarios sociales es que constituyen ejercicios filosóficos al aproximarse al modo en que las sociedades modernas se imaginan a sí mismas. Como ejercicios teóricos, son valiosos aportes para las ideas aquí planteadas, especialmente cuando se analice la construcción de espacios y paisajes, así como la representación de sujetos en parte del canon literario y académico costarricense, o bien en la literatura de viajes acerca de Costa Rica. En el caso de Castoriadis, al igual que en el ensayo de Benedict Anderson (1983) acerca del nacimiento de las naciones modernas, la importancia de su contribución reside en que arroja luz sobre el papel de la imaginación y de lo imaginario en la constitución de las realidades que habitamos y los textos que provienen de esas realidades, más allá de la connotación que estos términos tienen en el habla cotidiana.

Las formas modernas de entender la literatura, su conformación y su función, a pesar de que algunas de las nociones que aún manejamos en torno a esta vienen desde la antigüedad clásica, tampoco escapan de estos imaginarios sociales modernos. Los géneros literarios más recientes surgen durante la modernidad y algunos de ellos —por ejemplo, la novela— no se pueden entender sin su contextualización en procesos políticos y económicos que se dieron durante los inicios de la era moderna, como el imperialismo europeo. Incluso en el *Quijote*, el personaje principal le promete una isla a Sancho como pago por sus servicios de escudero. Ni qué decir de la relación entre otras obras fundacionales de este género literario, como *Los viajes de Gulliver* o *Robinson Crusoe*, que denotan la exploración y el expansionismo británico de los siglos XVII y XVIII, o bien el canon novelístico victoriano y su relación con el imperialismo británico del siglo XIX.

A propósito del cuento, pioneros de este género en la literatura moderna, como Edgar Allan Poe o Nathaniel Hawthorne, les ponían especial atención a la forma y a la estructura, al tiempo que trataban temas típicos del pensamiento romántico de su época. Lo mismo sucede con otros escritores románticos de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, como William Wordsworth, Lord Byron, Mary Shelley, Víctor Hugo, Johann Wolfgang von Goethe o Friedrich Schiller, entre tantísimos otros, siempre preocupados por las cuestiones sociales de su época, a la vez que tomaban parte de la esfera pública y creían en la persecución de objetivos individuales como medio para obtener beneficios colectivos; todo esto a la vez que se tomaban la forma muy en serio. El realismo

de la segunda mitad del siglo XIX, el naturalismo o el modernismo tampoco dejarían de mostrar interés, tanto por la forma como por el contexto en el que se forjan los textos literarios y los temas mundanos que tratan. La conexión, entonces, entre el texto y los discursos que lo habitan y transmiten, y los imaginarios que lo nutren es, entonces, parte de la estructura de este. Lo mismo se podría decir del texto filosófico.



# GEOGRAFÍAS IMAGINATIVAS

Una valiosa contribución a la discusión de la relación entre la literatura y lo imaginario y lo funcional de las sociedades, y los puentes que se tienden entre sí, es el concepto de las geografías imaginativas o geografías de la imaginación. Es relevante abordar tal concepto debido a que, precisamente, se relaciona con la imaginación de lugares y con la creación de espacios —no solo en la literatura, sino también en otras formas de escritura y en otras áreas del saber— así como con la manera en que las formas de imaginar lo que no está al alcance inmediato se conectan de modo funcional con lo real y les dan sentido a nuestras realidades. Edward Said (1978) es el primer teórico literario que utiliza esta idea, en parte basándose en el concepto de *topofilia*, propuesto por Gaston Bachelard (1975) y que sobre el cual se discutirá más adelante<sup>1</sup>.

Insospechadamente y aunque ambos teóricos no están del todo relacionados, la idea de Said guarda alguna relación con las de Taylor, pues ambos coinciden en que existen modos de imaginar y una influencia de esas formas de imaginación en las maneras en que el mundo ha sido estructurado en la modernidad occidental en los últimos siglos. Al igual que Taylor, Said sostiene que existe un modo de pensar la geografía a partir del uso de las nociones de mundo modernas más relevantes (1978). Este modo imbrica imaginación con realidad al punto de, como diría el mismo Castoriadis (1975), establecer un contrapunteo entre ambas, con claras implicaciones en la funcionalidad de las sociedades según estas se imaginan a sí mismas, o bien sociedades distantes son imaginadas desde otro lugar. Para Said, gran parte de lo que Taylor llama-

---

1 Desde la geografía como disciplina, otros estudiosos ya habían establecido la conexión entre la imaginación y la descripción, y evaluación de un entorno. Geógrafos como J. K. Wright, en la década de 1960, a partir de una base fenomenológica, toman en cuenta la subjetividad en el estudio de un entorno y admite la relación entre la geografía y el arte y la poesía (Zusman, 2013). En esa misma década, David Lowenthal y Hugh Prince (1964), en Inglaterra, estudian los modos en que el conocimiento ha sido organizado a través de imágenes y cómo esas imágenes han contribuido a definir las formas en que los humanos intervienen en los territorios. Intentan demostrar tales ideas al explicar cómo la relación de la cultura británica con las áreas rurales, y la preferencia por lo antiguo, lo bucólico y lo pintoresco, fue moldeada por la literatura y la pintura. Posteriormente, David Harvey acuñó el término *imaginación geográfica* o *conciencia espacial*, como algo que contribuye a que las personas comprendan su propio vínculo con lugares y hechos próximos y distantes (Harvey, 1985). El término propuesto por Said será favorecido en este estudio por tener una relación más cercana con las letras, especialmente la literatura.

ría imaginarios sociales modernos está más bien relacionado con las formas de imaginar del discurso colonial, que, según la teoría poscolonial, ayudó a forjar lo que conocemos como el mundo moderno (1978).

Al ser la crítica literaria la base de su formación, en Said el lenguaje es fundamental, como construcción social, a la hora de crear una historia del mundo. Para el pensador palestino no existe un orden preestablecido ni tampoco un ordenamiento histórico o social que funcione a partir de meros designios económicos, como podrían argumentar algunos marxistas ortodoxos. Sostiene más bien que la formación de los estados modernos fue algo que sucedió en el trasfondo de los imaginarios geopolíticos imperiales, y que la geopolítica, aún la contemporánea, ha sido y sigue siendo en gran parte moldeada por un poder/saber colonial.

Un modo de entender y explicar estas formas de imaginar es mediante lo que denomina *geografías imaginativas*, que son e implican formas de sustentar imágenes de lo propio y de lo local y, a la vez, de lo extraño y lo lejano. Así pues, tanto las geografías imaginativas como la historia contribuyen a que la mente intensifique su propio sentido de sí misma, al dramatizar la distancia y la diferencia entre lo cercano y lo lejano (Said, 1978). Estas geografías no son el producto de operaciones puramente cognitivas, verificables empíricamente a través de datos duros. Antes bien, están animadas por fantasías y deseos, y siempre implican valoraciones comparativas entre lo propio y lo extraño. Tampoco se circunscriben a trabajos de ficción, como novelas, obras de teatro o poemas. Circulan aún en ámbitos que podríamos llamar más formales, como el de las ciencias que tienen que ver con el espacio y el territorio, a través de mapas, cartografías y edificaciones, y en la geografía misma como disciplina.

Un ejemplo que ilustra mejor esta noción, que entrelaza y tensa lo material con lo simbólico, es el del uso de metáforas para describir el interior de una casa y cómo la casa misma se transforma a través de las experiencias que esas metáforas puedan sugerir. Así, el espacio objetivo de una casa —sus esquinas, pasillos, habitaciones, sótano, medidas— es mucho menos importante que los atributos poéticos que le puedan ser asignados y que generalmente son cualidades con un valor imaginario y figurativo que es posible nombrar y sentir. De esta forma, la casa puede estar encantada, puede ser acogedora, mágica o descrita como una prisión. El espacio, entonces, adquiere un sentido emocional e incluso racional a través de un proceso poético en el que los elementos vacantes o anónimos son transformados en lo que en realidad le da significado al espacio mismo (Said, 1978).

Lo interesante es notar que el espacio objetivo es muchísimo menos importante que lo que Said denomina, utilizando el término acuñado por Gaston Bachelard (1975), la poética del espacio, o al menos nunca puede adquirir significado sin una carga metafórica e imaginaria que le dé sentido. Es ahí donde el término *topofilia*, acuñado por Bachelard (1975), cobra sentido y contribuye

con la idea posteriormente desarrollada por Said que alude a la determinación del valor humano de los espacios de posesión, a su valor de protección, que puede ser positivo, y al cual se adhieren también valores imaginados, que muy pronto se tornan en valores dominantes. Bachelard sostiene que «el espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vívido, y es vivido no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación» (1975, p. 28).

Al ser los atributos poéticos o metafóricos los que les dan sentido a un espacio o a un lugar, los mismos adquieren un matiz parecido al que Castoriadis le da a su idea de imaginario social, o Benedict Anderson (1983) a sus comunidades imaginadas, para referirse al nacimiento del concepto moderno de nación. Esto quiere decir que lo importante no es la falsedad o la veracidad de tales atributos, sino el efecto que tengan en el espacio y en cómo este sea imaginado, concebido y, por ende, moldeado y construido. El punto central de la idea de Said es que el poder y el saber occidentales han producido una visión de otros espacios basada en la imaginación y la han popularizado con la producción académica y artística, la literatura de viajes y la mirada colonial. Al mismo tiempo, la institucionalización de esas formas de imaginar ha tenido efectos en el funcionamiento real de esos lugares y del mundo en general.

El colonialismo y el imperialismo, en el caso de las geografías imaginativas, han sido fundamentales en dotar al espacio otro, a lo lejano y desconocido, lo que está fuera de los valores occidentales de los que hablaba anteriormente Taylor, de un rostro y, al mismo tiempo, de una identidad que ha sido determinante, ante los ojos de las sociedades occidentales y ante los propios ojos de quienes habitan esos otros lugares. Sus habitantes son, principalmente, los sujetos que fueron colonizados, sus descendientes o el fruto de la mezcla de colonizadores y colonizados, como sucede en las sociedades latinoamericanas, más allá de lo que los proyectos nacionales oficiales puedan predicar.

El geógrafo británico Derek Gregory (1994), a partir de la idea de Said sobre la distancia establecida y los atributos producidos por las geografías imaginativas entre lo propio y lo extraño, y lo cercano y lo distante, trata de darle a esta noción una derivación muy interesante y útil. Propone que las geografías imaginativas tienen un carácter performativo, ya que producen los efectos que nombran. El espacio no es solo el ámbito de lo material, sino que ejecuta acciones (Gregory, 1994). Es decir, el espacio no es algo imaginado, aunque esta imaginación le pueda conferir características que lo conviertan en parte inherente de su existencia, también señala las prácticas que a la postre se producen en un determinado espacio. En el caso del estudio de los espacios y lugares producidos en la literatura, este aporte es fundamental para entender el modo en el que el espacio y el paisaje no solamente son imaginados, sino que también tienen un carácter performativo intenso en los personajes que los pueblan, en la audiencia que consume el texto literario o en quien lo estudia.

Lo imaginario, en este caso, produce significado y, a la vez, es el producto de esa función.

Las geografías imaginativas se hacen tangibles en lugares distantes, que se recrean por medio del texto, reproducen discursos, valores hegemónicos, estereotipos heredados históricamente, o bien los contestan. Queda implícito en las geografías imaginativas la extensión de la pertenencia y de lo propio de quien narra y de quien lee. A pesar de que en el caso de lugares distantes en principio se proyecte la diferencia, lo que realmente sucede, y esto es lo verdaderamente relevante, es un énfasis de imaginarios propios acerca de otras geografías y pueblos. Esto convierte las geografías imaginativas en un vehículo para destacar la otredad, al tiempo que se afirman los valores de la cultura propia de quien imagina y describe. Las historias, imágenes y deseos que abarcan marcos referenciales de imaginarios esencialistas, míticos y exóticos, a menudo funcionan como el motor escénico que pone la maquinaria de las geografías imaginativas en movimiento.

De toda esta discusión quedan claros: (1) la relación entre lo simbólico y lo funcional, según la idea de Castoriadis, a la hora de establecer la representación y la funcionalidad de un lugar distante; (2) lo prescriptivo de ciertas nociones imaginarias occidentales, según la idea de Taylor, que proyectan una visión de mundo estándar en contraste con los otros imaginarios; y (3), por supuesto, la vigencia de la noción de las geografías imaginativas, derivadas del análisis del discurso colonial, especialmente en un campo como la literatura, poblada de narraciones y representaciones visuales, llenas de metáforas que crean espacios poblados de símbolos y significaciones.

# LA PROBLEMATIZACIÓN DEL ESPACIO Y EL PAISAJE

Al igual que sucede con los imaginarios sociales, con términos como *lugar*, *espacio* y *paisaje*, existe relación entre lo que imaginamos de ellos y sus prácticas asociadas, pese a lo concretas y simples que en el uso cotidiano, estas locuciones parecen. A mediados del siglo xx, Bachelard acuñaba el término *topofilia*, para la determinación del valor humano a los espacios de posesión, los defendidos y los amados, y a los que se adhieren valores imaginados que, a la postre, pasan a ser dominantes. Aduce que el espacio no podía ser considerado como meramente geométrico, sino vívido, tanto en sus aspectos positivos, como en todas las formas de la imaginación (Bachelard, 1975).

Para Bachelard, como para Said —quien, como ya se mencionó anteriormente, toma el concepto de poética del espacio del filósofo francés— la percepción mediatiza un lugar y no solamente sus dimensiones geométricas. Lo concibe a partir de la carga significativa que no solamente le da valor; y le otorga el significado mismo. A partir de esta noción no hay que buscar la naturaleza y la comprensión de un lugar solamente en sus componentes geométricos; puede trazarse en los modos en que un individuo o una sociedad se relacionan con éste, mediante atributos adjetivados y cargados de imaginación.

Así como el lugar es lo que imaginamos, con la carga emocional que ello conlleva, el espacio se construye cognitiva y socialmente, y su comprensión supone romper con la idea de pensarlo como una realidad material, existente en sí misma. El espacio fundamentalmente está ligado a las realidades sociales y nunca debe ser usado como una posición epistemológica, ya que no existe por sí mismo, sino que es producido a través de su relación con el tiempo. Esta idea hace referencia al aporte imprescindible de Henri Lefebvre (1991) y a su reclamo a la noción cartesiana, que lo concibe como una categoría absoluta, como objeto opuesto al sujeto, como *res extensa* opuesta a *res cogitans*. El pensador francés señala que esa idea cartesiana —que difiere de la tradición aristotélica anterior, que argumenta que el espacio y el tiempo son categorías que facilitaban el nombramiento y la clasificación de la evidencia de los sentidos— se convirtió en la dominante.

De este modo, el espacio pasó a ser visto como el ámbito de los matemáticos, convertidos en sus propietarios y lo fueron despojando de sus matices filosóficos, a la vez que inventaron espacios no-euclidianos, curvos, multidimensionales, espacios abstractos, definidos por la deformación o la transformación, y por la topología. Esto hizo del espacio un campo altamente espe-

cializado del lenguaje matemático, que a su vez lo clasificó en innumerables y precisas formas (Lefebvre, 1991). En el pensamiento clásico moderno existe una radical oposición entre prioridad del tiempo y descrédito del espacio; así es como el espacio se identificó como muerto e inmóvil, a la vez que el tiempo era rico, vivo y fecundo.

Para Lefebvre el espacio representa un uso político del saber, principalmente en lo que denomina el Occidente neocapitalista, y es posible notar su uso a través de las fuerzas de producción y las relaciones sociales que se dan en esa producción. En un sentido marxista implica ideología, que en parte esconde su uso, así como los conflictos que este y el conocimiento, supuestamente desinteresado y que sanciona su uso, puedan acarrear (Lefebvre, 1991). Lefebvre explica este particular aspecto del espacio a partir del concepto de hegemonía propuesto por Antonio Gramsci (1981). En el espacio, el poder se ejerce mediante instituciones e ideas, mediante la cultura y el saber, políticas públicas, líderes políticos, intelectuales y expertos, y estos factores son los que hacen que el espacio no sea esa categoría absoluta que a menudo, tanto el lenguaje cotidiano como el matemático, hacen parecer. Es decir, el espacio no es un *locus* pasivo en el que simplemente se dan las relaciones sociales; se produce a partir de las relaciones sociales.

Para crear un espacio primero es imprescindible imaginarlo; en este punto el concepto de paisaje se vuelve fundamental. Al igual que ocurre con espacio o lugar, el vocablo *paisaje* es de uso cotidiano y, en la mayoría de los casos, sus implicaciones pasan desapercibidas para la mayoría. Sin embargo, su función, sus limitaciones y alcances lo hacen determinante a la hora de analizarlo en un contexto como el de estas páginas.

El *paisaje*, tal y como se conoce en occidente, aparece a inicios del Renacimiento en la pintura flamenca e italiana, cuando paulatinamente deja de ser un elemento decorativo de un cuadro y pasa a convertirse en el componente principal. Ejemplos de obras que muestran incipientes paisajes son *La alegoría del buen y del mal gobierno*, de Ambrogio Lorenzetti, de 1340; *Muy ricas horas del duque de Berry*, de los hermanos Johan y Paul Limbourg, de 1410; o *San Juan en el desierto*, de Tiziano Vecellio, de 1542 (Roger, 2007). Según el idioma y a través del tiempo, el término ha tenido distintas denominaciones, desde *Landschap* en holandés, *Landschaft* en alemán y *landscape* en inglés, hasta *paesaggio* en italiano, *paysage* en francés, *paisaje* en español y *paisagem* en portugués. En todas implica la representación del país, o del campo, o de la tierra.

Su definición es problemática, ya que su uso diario del término —como sucede con *lugar*, *espacio* o *imaginario*— hace que representantes de distintas disciplinas como la pintura, la literatura, la filosofía o la geografía no se pongan de acuerdo en cuanto a lo que significa. En términos generales, tiene que ver con tratar de entender un lugar o elemento por estudiar por medio

de la introducción de un conjunto de apreciaciones sensoriales acerca de una realidad dada (Castillo, 2016). A pesar de la gran cantidad de tendencias en la conceptualización del paisaje, se pueden distinguir tres modos principales de dimensionarlo. Como realidad física y como ente cultural, no natural, ligado al desarrollo de las sociedades, que establecen relaciones con el medio; como un recurso o bien perceptible y utilizable por parte de la sociedad; y como una forma de ver, en la cual la subjetividad de quien observa es un elemento constitutivo del paisaje mismo. En este último caso, la percepción está influida por aspectos que dependen de la carga cultural expresada a través de su observación e interpretación (Zubelzu y Allende, 2015).

**Imagen 1.** Detalles de *San Juan Bautista* (Tiziano Vecellio, 1542) y *Muy ricas horas del duque de Berry* (Johan y Paul Limbourg, 1410)



**Fuente:** San Juan Bautista. imagen tomada de la página electrónica de la Galleria dell'Accademia (<https://www.gallerieaccademia.it/en/saint-john-baptist-1#&gid=1&pid=1>). Muy ricas horas del duque de Berry, imagen tomada de la página electrónica didactalia.net (<https://didactalia.net/comunidad/materialeducativo/recurso/abril-en-las-muy-ricas-horas-del-duque-de-berry/121076da-ed04-404f-8d63-994d8a9f45f1>).

Las dos primeras conceptualizaciones tienen que ver más con el ámbito geográfico; la tercera, que es la que más interesa ahora, tiene que ver con la pintura, la fotografía, la filosofía y la literatura. En cuanto a las implicaciones de esta última definición, el paisaje es una forma de ver, y para ello es importante echar un vistazo al aporte de W. J. T. Mitchell. En su prefacio a *Paisaje y poder* (2002), Mitchell aclara que el objetivo de su estudio es cambiar la palabra paisaje de un sustantivo a un verbo. Propone que el término no debería emplearse para encasillar un objeto o un texto, sino para explicar cómo el proceso de ver contribuye a formar identidades sociales y subjetivas. Favorece un enfoque semiótico y hermenéutico que trate al paisaje como alegoría de temas psicológicos e ideológicos. Así como en cuanto al espacio y al lugar Gaston Bachelard o Henri Lefebvre propusieron innovadores planteamientos alrededor de un concepto que solemos considerar estable, físicamente hablando, a

pesar de ser una construcción social, dinámica y cambiante, con el paisaje sucede algo parecido. A pesar de lo desapercibido que pasa su reflexión en el lenguaje cotidiano, sus implicaciones tienen enormes efectos en nuestras formas de ver y de imaginar, de ahí la idea de Mitchell en cuanto a su análisis.

En el siglo XIX, en el campo de la literatura, el poeta trascendentalista estadounidense Ralph Waldo Emerson, en su *El espíritu de la naturaleza* [1836] (2016), sostiene que el horizonte tiene una cualidad de la que nadie es dueño, a excepción de aquel cuya visión pueda integrar todas sus partes. Quien únicamente podría lograr esa integración sería el poeta. Según Emerson, para quien el contacto directo con la naturaleza y la renuncia a distracciones y lastres como el materialismo y las jerarquías sociales, acerca a un sujeto a una *energía cósmica* y, posteriormente, a su independencia total de lo mundano, la observación directa de las leyes naturales es fundamental. De ahí que considere, influido por Immanuel Kant<sup>1</sup>, que el poeta, que observa y a la vez registra el horizonte, puede convertirse en su dueño, por medio de su comprensión absoluta, expresada en la narración a partir de la visión.

Incluso en elementos que podríamos considerar más estables, o bien medibles, como el clima de una determinada región, pueden modificarse a partir de diferentes formas de imaginarlos, expresadas en narraciones y representaciones. Un interesante ejemplo de esto lo da el historiador Mark Carey (2011), quien rastrea cómo la ciencia, la medicina y el turismo, a lo largo de cinco siglos, narraron y representaron el clima caribeño de formas tales que, de un extremo a otro del rango de descripciones, lograron transformarlo de mortal, malsano y plagado de enfermedades tropicales, a relajante, saludable y benévolo para el turista. El mismo clima varió más a partir de su uso, según la actividad económica o científica, y de sus narraciones, que a partir de cambios cuantificables empíricamente.

Llevando estas ideas a la temática del paisaje según la conceptualización aquí favorecida, no es el horizonte por sí mismo lo que existe, sino lo que logra aparecer, en el caso de una pintura o una fotografía, dentro del cuadro y, en el caso de la narración de un paisaje, lo que se decide incluir y narrar, los modos en que se narra y los discursos que habitan esas narraciones. Esto implica la decisión, consciente o inconsciente, por parte de quien enmarca de contener o dejar por fuera ciertos elementos. Lo contenido y lo excluido servirán para denotar los ideales y la visión de mundo de quien está produciendo el paisaje. De ahí la importancia de plantear que el paisaje es una forma de ver que expresa significado, y no simplemente algo que está ahí, cognoscible por sí mismo, cuya imposibilidad advirtió Kant.

1 Para Kant, en *Crítica del juicio* [1790] (1977), un objeto no es cognoscible por sí mismo, sino a través de la estructura espacial, temporal y categorial proyectada por el sujeto, de ahí que sostenga que sin imaginación no existiría el objeto cognitivo ni el estético.

Según el consenso entre historiadores del arte, desde que el paisaje comienza a aparecer en pinturas occidentales, a finales de la Edad Media y a principios del Renacimiento, como en los cuadros mencionados —porque es bien sabido que en culturas como la china ya se pintaban paisajes mucho antes que en Europa— se expresa significado a través de este. Por medio de las posibilidades y limitaciones que otorgan el marco y el fondo de un paisaje, pintores como Lorenzetti, Limbourg o Tiziano, en los siglos XIV, XV y XVI, ya utilizaban el paisaje como algo más que un detalle decorativo del cuadro, y más bien mostraban modos de vida, unidades de producción, concepciones de riqueza, convivencia, comercio y agricultura a través de estos.

El paisaje en la literatura moderna evidentemente no escapa a esta connotación y en su análisis es posible observar los mismos elementos. Durante la conquista de América, e incluso posterior a esta, el «descubrimiento», el nombramiento y el registro de espacios y paisajes fueron fundamentales para la posterior apropiación y puesta en marcha de empresas colonialistas y capitalistas en el continente americano. En otras palabras, se utilizó el paisaje para expresar valor, riqueza y necesidad de conquista a través de clonaciones semánticas que reflejaban las ideas que los exploradores europeos tenían con antelación acerca de lo que buscaban en los territorios de ultramar.

Posteriormente, la escritura de viajes colonial y sus respectivas ilustraciones fueron fundamentales a la hora de expresar el significado y la concepción que los conquistadores y viajeros adquirieron de los territorios explorados, aún después de la conquista e incluso hasta nuestros días. El análisis de Mary Louise Pratt (2010) sobre la literatura de viajes europea en América y África, principalmente del siglo XIX, es fundamental para entender el fenómeno. En el contexto costarricense, un aporte valioso es el trabajo de Juan Carlos Vargas (2008), que deja ver los modos de retratar los países del istmo centroamericano en descripciones de espacios y en paisajes, y sus ilustraciones correspondientes, en la literatura de viajes decimonónica estadounidense.

El paisaje se convierte en jeroglífico social que denota relaciones de tipo económico, de uso de recursos, divisiones de clases, concepciones de mundo, modelos productivos, poder e ideales de la sociedad que produce un paisaje. Por *jeroglífico social* tomamos lo que Karl Marx estipula en cuanto al valor de una mercancía, devenida del trabajo humano, que transforma todo producto de trabajo, que penetra el secreto del producto social, de sus objetivos y de sus efectos (Marx, [1867] 2007). Descifrar ese producto permite el acceso a los pormenores de esas relaciones de poder, a las ideologías proyectadas en él y a las consecuencias en los actores que aparecen enmarcados en ese paisaje. Tal desciframiento se da mediante un análisis iconográfico, en el caso de las representaciones visuales, o de un análisis textual, en el caso de la prosa, como se verá a continuación



# LAS GEOGRAFÍAS DE LA IMAGINACIÓN EN ACCIÓN EN LA LITERATURA DE VIAJES, LA NATURALEZA, LA PROSA Y EL QUEHACER FILOSÓFICO EN COSTA RICA

Hecho el recorrido teórico sintético para problematizar la cuestión de lo imaginario, los imaginarios sociales, el espacio y el paisaje, y cómo todos estos elementos se manifiestan y contribuyen a la construcción de los textos, a los modos en que son recibidos y los efectos que tienen, es momento de abordar al menos parte del canon de la escritura costarricense y sobre Costa Rica, tomando en cuenta esos aspectos. Notemos que la relación entre literatura y realidad no solamente tiene que ver con el hecho de que la primera se nutra de la segunda para crear sus universos o que la primera refleje la segunda. Estas son presunciones generalizadoras y difusas; más bien tiene que ver, en un sentido más relacionado con la noción de lo imaginario social, con que la literatura es parte de un tiempo, transmite discursos e interactúa con la hegemonía y el poder, en ocasiones para subvertir dichos elementos, en ocasiones para ser complaciente con ellos.

Así las cosas, no podemos desligar el canon de la producción literaria costarricense y sobre Costa Rica —en el caso de la literatura de viajes— de los imaginarios sociales de los que se nutren y con los que se entrelazan. Esos influyeron en aspectos que no se pueden soslayar en esta discusión y que incluyen los discursos que contribuyeron a moldear la identidad nacional costarricense a mediados del siglo XIX, principalmente a partir de la visión de mundo de las élites liberales locales. Hay que tener en cuenta las principales nociones acerca de la naturaleza que imperaban en ese entonces. Incluir esta arista nos permite entender por qué se favorecieron ciertos elementos en los paisajes que se crearon en la escritura de la época, la inclusión de algunos aspectos, la exclusión de otros y, muy importante, la performatividad sugerida por esos paisajes, para retomar los aportes de Derek Gregory y Edward Said, explicados anteriormente.

Estas formas de imaginar y crear tales paisajes no solo tienen que ver con las características mismas de la geografía costarricense. Tienen que ver con nociones imperantes de la época, derivadas de discursos coloniales que narraban la relación entre centros y periferias a través de cartografías, relatos de exploración, etnografías e incluso pseudo ciencias como la frenología, la craneología o la eugenesia, que servían para justificar el modo asimétrico en el que esas relaciones se daban. Sucede lo mismo con la construcción de muchos de los personajes que pueblan esos paisajes. Recordemos que a finales del siglo XIX más que nunca con la modernidad el mundo se dividía entre *civiliza-*

*ción y barbarie*, según los principales postulados filosóficos y científicos de la época. Y es importante enfatizar el «más que nunca», pues desde mediados del siglo XIX todos los prejuicios acerca de civilizaciones diferentes a las de Europa occidental o Estados Unidos, o bien geografías que aún no habían sido exploradas en su totalidad o del todo, se introducen entre el público, ya con la venia de la ciencia y la filosofía de la época, o incluso de ciertas interpretaciones del cristianismo que justificaban, desde lecturas particulares de la Biblia, la superioridad de unos grupos humanos sobre otros.

No es casual que durante la segunda mitad del siglo XIX se dieran las exploraciones más importantes y la apropiación y el llamado reparto de África, entre 1884 y 1885. Tampoco es coincidencia que el antisemitismo moderno, del cual Hitler se nutriría años más tarde, también surgiera en esa época y justificara, a partir de modos de pensar bastante difundidos y aceptados en ese entonces, la persecución y discriminación de judíos en Europa. Fue en esa época cuando, con aportes de personajes como Joseph Arthur de Gobineau (1986), la idea de raza gozó de gran importancia y sanción como una idea con un supuesto sustento científico y filosófico que, a pesar de haber sido ampliamente debatida y contestada, sigue teniendo gran influencia hasta nuestros días.

Por tanto, es ingenuo no considerar la influencia de tales factores, de estos discursos e imaginarios sociales en la formación de la escritura en Costa Rica, en las formas de entender el paisaje costarricense y sus pobladores en esa escritura, en el contrapunteo entre paisajes y personajes, y en las formas dominantes de entender la naturaleza, los diferentes grupos humanos que poblaban Costa Rica y la identidad nacional en formación. Es decir, hay una influencia de todos estos aspectos en cómo aprendíamos a vernos como costarricenses, distintos de otras naciones, y cómo aprendíamos a entender nuestra geografía según lo plasmado en los textos.

Si bien en estas páginas no se busca abarcar en su totalidad el canon, es importante destacar ciertos momentos; entre otras razones, porque algunos de esos momentos son fundacionales; otros porque establecen un contrapunteo con la forja de la identidad nacional costarricense; y aun otros más porque en algunos el paisaje y el espacio son protagonistas y reflejen no solo ciertas formas de convivencia, sino también imaginarios sociales mayores y formas hegemónicas de pensamiento, muchas veces insospechadas, pero que contribuyen a darle forma al texto.

## APUNTES PREVIOS SOBRE LA NATURALEZA EN LA MODERNIDAD

Fundamental para el estudio de la relación entre los imaginarios sociales, las geografías imaginativas y la producción intelectual en Costa Rica es la visión o las visiones hegemónicas acerca de la naturaleza en el país en sus primeros años como nación. Las grandes extensiones de tierra sin habitar con que contaba Costa Rica después de su independencia ameritaron, por parte de los gobiernos de turno, la elaboración e implementación de una serie de medidas e ideas acerca de esos territorios que condujeran a su posterior uso como un recurso que generara dividendos económicos. Con decretos, leyes y políticas orientadas a administrar y controlar esas tierras es posible trazar las nociones que se tenía de las mismas en aquel entonces. Pero más interesante aun es que tales decretos y medidas permiten seguir un hilo conductor que surge en el siglo XIX y que llega hasta nuestros días, con el cual las reservas naturales, especialmente los bosques, son celosamente custodiadas y usufructuadas por el Estado con intereses y fines económicos que van desde la apertura de rutas comerciales, la explotación maderera, la ganadería y la minería, hasta la conservación y el turismo.

En la Costa Rica del siglo XIX, como en cualquier otra parte del mundo occidental, o que tratara de pasar por occidental, las principales nociones que se tenían acerca de la naturaleza, de los bosques y de todos los recursos que en ellos hubiese, tenían que ver con su apropiación, control y uso, ya fuera comercial o para expandir la frontera habitada, especialmente a través de nuevos proyectos de colonización. Tal idea es propia del pensamiento cartesiano moderno, que coloca al ser humano como un ser pensante y racional, aparte de la naturaleza, y con el derecho exclusivo de utilizarla para los fines que considere convenientes. En el caso de Costa Rica, la inversión en esos recursos y su explotación supuestamente traerían desarrollo económico para el país.

Dislocar al ser humano de su entorno tiene como principal objetivo desencantar espacios y lugares, y convertirlos en objetos. Se trata de transmutar la naturaleza y transformarla en una especie de fuente de materias primas y mercancías que generen capital. Esta idea acerca de nuestro entorno es la más ampliamente difundida en el pensamiento occidental moderno, ya sea a partir de la filosofía cartesiana, de la marxista o de la liberal. Las ciencias naturales han tenido una buena cuota de protagonismo al contribuir, desde Carl Linnæus [1735] (2020), a clasificar minuciosamente todas las especies de seres vivos del planeta para conocerlas, comprenderlas y, por supuesto, según marcos filosóficos mayores, utilizarlas a conveniencia humana. No obstante, durante diferentes etapas de la modernidad e incluso antes, en el mundo occidental, el mismo en el que florecería el capitalismo, comienza a emerger una especie de sensibilidad y aprecio estético y espiritual por la naturaleza.

Durante el Renacimiento la naturaleza es fuente de inspiración y medio, tanto para comprenderla y entender sus leyes, como para conocernos a nosotros mismos a través de ella. Sirve incluso de musa para que se pinten, por primera vez en el arte occidental, como ya se acotó anteriormente, paisajes o para que se escriban tratados acerca de la relación del ser humano con el mundo que lo rodea, más allá de los marcos escatológicos medievales.

Con la pintura, la escultura o la literatura, la naturaleza comienza a adquirir matices que la hacen pasar de ser ese mundo agreste, peligroso y fronterizo, a una fuente de placer estético y vivencial. El aporte de Francesco Petrarca [1335] (1978) es de particular importancia. Sus reflexiones sobre su lectura de San Agustín —cuando este advierte que los hombres en su contemplación de la naturaleza se olvidan de sí mismos— lo hace concluir que un cambio de perspectiva es necesario: el ser humano debe convertirse en el centro de sus reflexiones y de su lugar en la naturaleza misma (Petrarca, 1978). De esta forma, la cuestión antropológica se vuelve entonces fundamental, y se pasa del teocentrismo medieval al antropocentrismo, que serviría de base para que, más tarde, Descartes pudiese plantear sus tesis (Magnavacca, 2008).

Con el surgimiento del humanismo, a inicios del Renacimiento, el ser humano se constituye, filosóficamente hablando, en el centro del mundo. La naturaleza es fuente de inspiración y conocimiento para entendernos mejor como personas y, a la vez sujeta al ordenamiento humano a partir de ese mismo conocimiento. Con esta imbricación se superan los designios puramente divinos en los que tanto la naturaleza como los seres humanos están totalmente sujetos al poder de Dios y a sus caprichos e intenciones. Al mismo tiempo, la naturaleza se convertirá, durante los siguientes siglos, en fuente de la que se extrae materia prima, sin ningún tipo de límite, para producir riqueza. Esta materia prima, en el caso de la naturaleza costarricense, va a ir desde la explotación maderera y minera o los monocultivos como el banano, durante los siglos XIX y parte del XX, hasta la riqueza semántica del paisaje, expresada en pinturas, relatos y, más recientemente, en actividades como el turismo.

Estas nuevas sensibilidades modernas por la naturaleza toman un nuevo impulso a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, con el surgimiento del Romanticismo, que, aparte de celebrar los dotes estéticos y espirituales de esa naturaleza, clama por un retorno a ella para escapar o como respuesta al peso gigantesco de la razón. Según el pensamiento romántico, la razón se materializa en la revolución industrial, el colonialismo, el imperialismo, la esclavitud moderna y la explotación de millones de seres humanos en el nuevo trajín fabril que se teje en las grandes urbes del continente europeo, que a su vez son causa de enajenación.

Basta estudiar cómo la naturaleza aparece en la obra de autores como Johann Wolfgang von Goethe, William Wordsworth, Samuel Taylor Coleridge y Percy Shelley, o bien en la célebre contribución de Mary Shelley y su novela

*Frankenstein*, que cuestiona los alcances y consecuencias de la ciencia y la razón en un mundo en el que el ser humano racional trata de ocupar el lugar de Dios. A esa línea de pensamiento le darán continuidad, en la literatura, autores como Ralph Waldo Emerson o Henry David Thoreau, pilares del trascendentalismo estadounidense, y quienes creían, como se mencionó antes, que solamente a través de la contemplación de las leyes de la naturaleza el sujeto era capaz de conocerse a sí mismo. Otros destacados intelectuales y poetas románticos como Henry Wardsworth Longfellow o Edgar Allan Poe, o pintores como Eugène Delacroix, Théodore Géricault, y Francisco Goya, entre muchos otros, o bien músicos como Ludwig van Beethoven o Frédéric Chopin, también exhibirían una sensibilidad especial por la naturaleza como fuente de inspiración y como medio de salvación del ser humano.

Estas corrientes de pensamiento, que generaron tales sensibilidades, a la vez representan un contrapunto con respecto al orden dominante durante los últimos siglos: el capitalismo. Este orden, cuyo máximo objetivo es la acumulación de ganancias y la expansión de mercados, obviamente va a concebir a la naturaleza en conjugación con la dicotomía cartesiana sujeto-objeto. Para los grandes filósofos liberales, como Adam Smith, David Hume o bien Max Weber, la naturaleza nutre al mercado, y es a través del aprovechamiento comercial de la misma que el individuo puede prosperar y las naciones modernas insertarse y progresar en los mercados emergentes. Para Karl Marx [1867] (2007), la naturaleza es una fuente de mercancías que producen riqueza y, aunque es bien sabido que cuestiona categóricamente los efectos de ese orden en el ser humano, particularmente sobre la clase trabajadora, nunca llega a dimensionar el entorno humano de otra manera.

En cuanto a la sensibilidad por la naturaleza en otras actividades humanas, como el turismo, a partir de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, con la consagración de ideales románticos y liberales como la celebración del espíritu y el genio humanos, la libertad individual, la libertad de movimiento, entre otros, el placer estético de disfrutar paisajes, tanto creados por humanos como naturales, se gana importancia en ciertos círculos de poder económico e intelectual. La representación e idealización de los paisajes las adoptaron pintores como Claude Lorrain, para favorecer la intensidad y el factor estético por encima de la exactitud topográfica de los mismos, tal y como se percibe en su obra *Paisaje con Apolo y las musas*.

**Imagen 2.** *Paisaje con Apolo y las musas* (Claude Lorraine, 1652)



**Fuente:** Imagen tomada de la página electrónica [meisterdrucke.es](https://www.meisterdrucke.es/impression-art%C3%ADstica/Claude-Lorrain/6138/Paisaje-con-Apolo-y-las-musas.html) (<https://www.meisterdrucke.es/impression-art%C3%ADstica/Claude-Lorrain/6138/Paisaje-con-Apolo-y-las-musas.html>).

También contribuyó el uso, entre la aristocracia europea de la época, de objetos como el espejo negro, que consistía en un pequeño espejo convexo, de tonalidad oscura, que exageraba el rango tonal de lo que reflejaba, una especie de precursor de los filtros de *Instagram*, utilizados hoy en día. Estas idealizaciones y distorsiones contribuyeron a otorgarle un valor estético a la naturaleza y, al final, ese valor estético terminará por generar dividendos económicos en distintas actividades, o bien, ayudará a darle sentido a los paisajes creados en los textos o en las pinturas.

Todas estas corrientes de pensamiento e ideales estéticos no les son ajenos a las autoridades costarricenses posteriores a la independencia ni durante el resto del siglo XIX. Ya fuera porque las conocieran formalmente, ya porque formaran parte de su visión de mundo y sus imaginarios sociales, es claro que las grandes cantidades de terreno agreste comienzan a ser vistas en la incipiente nación como una posible fuente de dividendos económicos.

En 1833 se le pone límite en Costa Rica al desmonte acelerado de bosques, con más intenciones de controlar y regular que de proteger (Goebel, 2005)<sup>1</sup>. A finales del siglo XIX e inicios del XX se crean instituciones como el Instituto

1 Es interesante que esta idea es la misma que se formulará 150 años después con el nombre de desarrollo sostenible: darle al recurso un uso racional para que «las futuras generaciones» lo puedan utilizar. Cuando nos preguntamos cuáles son esas «futuras generaciones», la respuesta apunta a las mismas élites que lo han aprovechado hasta ahora y que las hace ser quienes precisamente controlan el recurso mediante el poder económico y político.

Físico Geográfico (1889), o la Sociedad Nacional de Agricultura (1903), con el fin de extender el control y la fiscalización estatal de la naturaleza y sus recursos, bajo la lógica liberal imperante que la imaginaba como un bien que podía abrir y expandir mercados. Estas dinámicas de explotación forestal en ese contexto de consolidación de la nación costarricense sientan las bases de una especie de relación de explotación-conservación del medio biofísico natural en el que, como indica Anthony Goebel (2017), la aparente imposibilidad de expandir a todo el país actividades económicas que requirieran de la destrucción del bosque condujo a la construcción de un discurso y una imagen de lo verde como elemento distintivo del país y que, años después, sería utilizada en el campo del turismo para promover a Costa Rica como un país de rica biodiversidad y hermosos paisajes.

Es posible distinguir todos estos aspectos en la prosa, el pensamiento filosófico y la escritura de viajes acerca del país. Especialmente con el retrato del Valle Central como cuna imaginada de la identidad nacional, como lugar desde donde surge la «verdadera» Costa Rica, con características climáticas que se impregnan en elementos concretos de esa identidad nacional en construcción: el carácter sereno y laborioso de sus habitantes, su individualismo y su tendencia a permanecer aislados de sus vecinos. También aparece el resto del país como territorio fronterizo, como el otro lugar; como la alteridad interna donde el clima es malsano y sus habitantes no calzan con el prototipo favorecido del valle.

Conviene advertir el carácter performativo de estas geografías imaginativas tanto en los pobladores del valle, como en quienes viven fuera de ese valle, en otras partes del país. Tal tendencia se observa en los viajeros que circulan por Costa Rica y que describen facultades humanas a partir de las características de los paisajes y las geografías que imaginan, o bien en los personajes creados en la literatura, que pueblan esos paisajes y que se ven directamente afectados por ellos; sin olvidar la influencia de los lugares en las facultades y el pensamiento, según la visión de muchos intelectuales del siglo xx de áreas del saber como la historia y la filosofía. Todos estos elementos no se pueden desligar de imaginarios sociales mayores propios de la época, o más aun, de la modernidad que, a través de símbolos concretos, contribuyeron a moldear nuestra idea de la naturaleza y los usos que hemos hecho de ella.

## PAISAJES Y HABITANTES EN LA LITERATURA DE VIAJES EN COSTA RICA (1850-1910)

No obstante ser un género venido a menos, la escritura de viajes ha desempeñado un papel fundamental al nombrar y difundir nociones acerca de otros lugares y otros pueblos, lejos de donde habita el público que la consume

o el viajero que la escribe. En contextos coloniales modernos, desde Cristóbal Colón hasta muy recientemente, este tipo de escritura ha sido una herramienta fundamental no solamente para nombrar y describir, sino también para clasificar y asignar lugares o papeles a las tierras descritas y a sus habitantes nativos. Pensadores que han tratado el tema, como Edward Said (1978, 1993) o Mary Louise Pratt (2010), han trazado las conexiones entre la literatura, la escritura de viajes y los poderes hegemónicos modernos que, en parte, se han valido de este género para justificar sus intenciones y empresas ultramarinas.

Las crónicas de viajes sobre Costa Rica, desde Gil González Dávila y Gonzalo Fernández de Oviedo, a inicios del siglo XVI, hasta el presente, no solo han tenido un enorme efecto en quienes han consumido esa información en el exterior. También nuestra autoimagen ha estado enormemente permeada por lo descrito y expuesto en esas crónicas, especialmente desde mediados del siglo XIX hasta el presente. Las élites liberales de aquella centuria se hicieron eco de afirmaciones favorables sobre Costa Rica de cronistas como Félix Belly, Wilhelm Marr o Thomas Francis Meagher para justificar y reafirmar sus ficciones de un país de descendientes de europeos, pacífico, laborioso y distinto a las otras repúblicas centroamericanas.

El grado de subjetividad o las intenciones de los cronistas que propiciaron una imagen del país que calzara con las nociones de nación fomentadas a partir de mediados del siglo antepasado pocas veces fueron cuestionadas, haya sido por quienes lograron consumir tales narraciones en Costa Rica durante esa época, o bien por historiadores y filósofos posteriores, hasta finales del siglo XX<sup>2</sup>. Sin embargo, no todos los cronistas fueron tan benévolo o coincidieron con lo que intelectuales y gobernantes liberales querían proyectar al mundo de su idílico Valle Central, cuna de la incipiente nación. En realidad, la escritura de viajes sobre Costa Rica ha sido más ambigua de lo que comúnmente se percibe, o se trata, en círculos académicos u oficiales.

Contribuciones como las de Said o Pratt, añadiendo las de Patrick Bratlinger (1988), David Spurr (1993) o Peter Hulme (1986), entre muchas otras, han ayudado en gran medida a fomentar nuevas interpretaciones de la literatura de viajes. Estos autores han puesto en tela de duda la veracidad que se le ha otorgado, durante siglos, a las contribuciones de viajeros en entornos coloniales o recién independizados, como la Costa Rica del siglo XIX. Para la mayoría de estos autores, más que un recuento relativamente realista, la escritura de viajes siempre fue un vehículo de justificación ideológica, como parte de un discurso colonial, que contribuyó enormemente a darle un rostro humano liga-

2 En este sentido hay algunas excepciones. Ricardo Fernández Guardia, en 1929, advierte que el tono lisonjero de las descripciones de Costa Rica de Félix Belly tiene que ver con su intención de «afear tanto más los vicios del gran Imperio francés, al cual combatía, después de haberlo servido, como liberal decepcionado» (1929, p. 459).

do al progreso y a la civilización a todo tipo de atrocidades y discursos racistas convertidos en verdades, en parte gracias al mismo vehículo de la escritura y su autoridad. En las crónicas de viajes, en otras palabras, se filtraban más los ideales e intenciones de quienes escribían, así como los discursos que transmitían, que las características particulares de los lugares y las personas sobre las que narraban.

Los estudiosos coinciden en que en muchos recuentos de viajeros, hayan sido de índole científica o vivencial, o bien en obras de ficción o poesía, se articularon mecanismos a través de los cuales operaban «ojos imperiales», que obliteraron en casi todos los aspectos relativos a la colonización moderna, otras voces, otros saberes y la resistencia, vista —desde los mismos diarios de Colón— como lo abyecto que se opone al progreso. Teóricos de lo postcolonial como Peter Hulme (1986) han debatido sobre las principales nociones acaecidas a lo largo de la historia moderna en relación con el otro americano y los mitos que lo acompañan, empezando por el canibalismo en el Caribe o la supuesta sed insaciable de sangre de los aztecas, entre otros. Su tesis sostiene que, más que verlas como un recuento fidedigno de estos encuentros, a lo que se le debería poner atención es a la recepción y efectos de esas narraciones, y a los valores que alentaron su fabricación.

En el contexto latinoamericano, esta labor ha sido retomada por ensayistas como Carlos Jáuregui (2008) o Adolfo Chaparro (2013), que han analizado la retórica de la «guerra justa» que acompañó las empresas de conquista y civilización del continente americano, hasta ligarlas con fabricaciones e intereses propias de los conquistadores y los colonizadores. En todos estos tipos de escritura e imaginación, lo que principalmente opera, según esta vertiente de pensamiento, es la proyección, a través de la escritura misma, de los ideales y las intenciones de quien escribe.

Por otra parte, existe entre ciertas corrientes históricas tradicionales, principalmente las racionalistas, una férrea resistencia a este tipo de lecturas de la literatura y escritura de viajes por su supuesto carácter «inquisidor». En una crítica a la recopilación y análisis de textos de viajeros decimonónicos sobre Centroamérica, preparada por Juan Carlos Vargas (2008) bajo la sombrilla de los estudios culturales y postcoloniales, el historiador Juan Carlos Solórzano (2008) sostiene que este tipo de interpretación, basada en postulados de teóricos como Pratt o Said, niega la posibilidad de extraer información fidedigna de los viajeros y exploradores o al menos no le importa dicha tarea. Critica la idea que reza que todo viajero está sujeto a un marco conceptual ligado irremediabilmente al contexto del que procede, y sostiene que estas tendencias, surgidas de los estudios culturales y postcoloniales, son incompatibles con la disciplina histórica, ya que apuntan a la imposibilidad de una comprensión histórica real. La solución, sostiene, está en valorar la veracidad o no de la información de los viajeros a partir de la verificación de la autenticidad de sus relatos o del contraste de testimonios.

Al respecto hay ciertos temas importantes por considerar. En primera instancia, ¿existe la comprensión histórica real? ¿Es suficiente el ejercicio de contrastar testimonios para verificar la autenticidad o la veracidad de un texto? Y, en tal caso, ¿se puede dar por descontada la subjetividad de quien escribe, o los efectos colaterales de las intenciones con las que escribe? ¿No fue acaso la visión de Bartolomé de las Casas acerca de los nativos del continente americano y sus derechos lo que, en parte, justificó la importación de esclavos de África a las colonias españolas en el Caribe? ¿No fueron las narraciones de los cronistas y exploradores españoles acerca de la naturaleza salvaje y belicosa de muchos pueblos nativos americanos lo que justificó la «guerra justa» y el posterior exterminio de muchos de esos pueblos? ¿Qué es lo más rescatable de estas crónicas, su veracidad o su recepción y efectos? Además, ¿es la interpretación histórica territorio exclusivo del gremio de los historiadores? ¿Qué sucede con los filósofos, los antropólogos, los teóricos literarios, los novelistas, entre muchos otros, que también muchas veces parten de la interpretación del pasado? ¿Dependo yo, como crítico literario, de la interpretación del pasado que haya hecho un historiador para poder analizar una novela o un poema? Tal enfoque se llamaría, en el ámbito de la teoría literaria, histórico-biográfico, y ciertamente vio sus mejores días durante el siglo XIX.

Un acercamiento que podría ser más apropiado es, no tanto intentar descubrir la veracidad o falsedad de los textos de viajeros —algo que ya de por sí parece bastante ingenuo—, sino más bien identificar los efectos de lo que se dice en esos textos y, más importante aún, la circulación y la recepción de esos trabajos en Costa Rica. Lo interesante sería ver cómo y por qué historiadores y filósofos costarricenses, especialmente anteriores a la última década del siglo XX, han favorecido la circulación y el estudio de aquellas crónicas que encajan mejor con sus propias visiones y fabricaciones del espacio costarricense, sus paisajes y sus habitantes<sup>3</sup>.

Ha habido algunos cronistas de viajes muy difundidos entre la historiografía costarricense, principalmente los que viajaron a mediados y finales del

---

3 A pesar de que existe una extensa bibliografía en cuanto a escritura de viajes sobre Costa Rica desde la llegada de los conquistadores españoles, a inicios del siglo XVI, a lo largo de esta página se enfatizará la citación de textos principalmente publicados a mediados y finales del siglo XIX e inicios del XX. Esta escogencia obedece a dos razones: la primera es que los textos de esa época establecen un contrapunto con algunos de los imaginarios que se comenzaban a establecer y difundir en cuanto a lo que significaba ser costarricense y la idea de identidad nacional, tal y como se expuso en el capítulo anterior. La segunda razón tiene que ver con que, y quizás en concordancia con corrientes estéticas y filosóficas de la época, como el Romanticismo, el liberalismo o disciplinas científicas como la botánica y la zoología, entre otras, son los textos de ese periodo los que parecen mostrar una mayor sensibilidad estética por la naturaleza y los paisajes, y los que deparan más tiempo y espacio a apreciar y describir sus características y propiedades.

siglo XIX e inicios del XX, que reafirman con su mirada los principales postulados que conforman la idea de la nación costarricense y lo que significa ser costarricense, como la supuesta singularidad del costarricense, su carácter laborioso, pacífico, su espíritu democrático casi genético y su ascendencia europea. Uno de ellos, el periodista y viajero francés Félix Belly, quien a mediados del siglo XIX recorrió Centroamérica buscando el sitio ideal para construir un canal interoceánico y quien logró, con los presidentes Juan Rafael Mora, de Costa Rica, y Tomás Martínez, de Nicaragua, en 1858, la concesión de la construcción de un futuro canal. Su obra se menciona en trabajos dedicados a la historia de la idea de construir un canal interoceánico en Centroamérica, en la de las campañas contra William Walker y el filibusterismo estadounidense en la región, o bien en las representaciones francesas y la visión geoestratégica de ese país en esta parte del continente americano (Soto-Quirós, 2017).

Belly, uno de los viajeros por Costa Rica cuyos relatos han sido más difundidos, construye una imagen en exceso favorable del país. A menudo utiliza términos como *república excepcional* o *república modelo* para referirse a la joven nación. Ideas como la dictadura, el gobierno personal o la ilegalidad arbitraria son totalmente ajenas al costarricense según Belly. Al mismo tiempo, resalta la igualdad y el carácter individualista y laborioso del habitante local, que contrasta con la división de clases o la aristocracia en Europa, o bien con la desigualdad reinante en países como Guatemala o México, donde, afirma, el grueso de la población trabaja para unos pocos (Belly, 1859). Asevera no haber visto ni en Francia ni en Suiza tanto respeto a la ley, lealtad, amor al trabajo y a la familia, y llega al punto de pensar en Costa Rica como el paraíso terrenal. Describe el Valle Central como poseedor del más hermoso clima conocido, muy favorable para el desarrollo de las fuerzas físicas y morales, y para la fecundidad del suelo.

Historiadores como Ronald Soto-Quirós (2017) advierten un aire propagandístico en la visión de Belly sobre Costa Rica, principalmente por su intención de crear una imagen favorable del país en el ámbito internacional que facilitara la inversión en su ansiado canal interoceánico. Téngase en cuenta que Belly hace hincapié en el carácter republicano y liberal de los costarricenses para apuntalar su furiosa oposición a Napoleón III, en Francia. Sin embargo, lo interesante es estudiar la recepción de este tipo de visiones en exceso positivas del país y cómo las élites liberales de la época se hicieron eco de ellas para justificarse a sí mismas y a sus proyectos, entre ellos, por supuesto, el de insertarse en el comercio internacional, en un mundo tremendamente dividido dicotómicamente entre civilización y barbarie<sup>4</sup>. También es sugerente

---

4 No olvidemos que a mediados y finales del siglo XIX el colonialismo británico, o el francés, especialmente en África y Asia, estaban en su momento cúspide y las élites de América Latina se esforzaban por hacer parecer sus proyectos nacionales como civilizados y

considerar cómo la visión idílica de Belly sobre Costa Rica, con muy pocas excepciones, no sería cuestionada hasta finales del siglo xx en el ámbito de la historiografía costarricense.

Esta visión idílica del Valle Central es también expresada por otro importantísimo visitante decimonónico: Wilhelm Marr, un viajero y político alemán que visitó Centroamérica en la década de 1850, y quien además fuera uno de los fundadores, en Alemania, del antisemitismo moderno<sup>5</sup>. En aspectos relacionados al paisaje que observa, el clima de los alrededores de San José, cerca de Tres Ríos, le parece similar al de los Alpes, y con una mirada panorámica de la ciudad de Cartago y sus alrededores, afirma que «la naturaleza ha pasado por la escuela de arte, pues ha metido esa franja verde del valle como una cinta bordada de varios colores y le ha pegado las perlas y los diamantes más hermosos» (Marr, 2004, p. 378). El valle que forma el volcán Irazú, por otra parte, según el cronista, podría confundirse con el más encantador de los valles de Suiza. En su descripción de los efectos del clima en el ser humano en las partes altas del país afirma, en coincidencia con Belly, que «ni los fogosos pensamientos ni las grandes pasiones pueden prosperar en este suave clima en donde hasta el cielo, cuando desencadena sus formidables tempestades, tan solo echa baladronadas y casi nunca mata el rayo a un hombre» (Marr, 2004, p. 386).

Estos efectos tan positivos para los sentidos y la conducta del clima y del paisaje de San José y Cartago contrastan con lo expresado por el mismo viajero al descender de ese valle paradisíaco hasta el Caribe por el sector de Turrialba:

cuando estas selvas del trópico han perdido el incentivo de la novedad y se viaja por ellas, un sentimiento peculiar se apodera de nosotros. El aire pesado y húmedo fatiga los pulmones y adormece el cerebro, reduciéndolo a un estado de apática indiferencia. Las reflexiones retroceden y nos sentimos vegetar como adormecidos. (Marr, 2004, p. 388)

---

occidentalizados, dignos de inversión y comercio, para así alejarse del lado explotable y repartible de la humanidad. De ahí que resultó tan importante para las élites locales hacerse eco de viajeros como Belly y así hacer parecer al país como una nación que se sumergía rápidamente en el progreso y el desarrollo, y no como un resabio colonial habitado por «razas inferiores», como le llamaba con toda propiedad la ciencia de entonces a los grupos humanos menos relacionados genéticamente con los europeos.

- 5 La visión de Marr sobre los costarricenses es, sin embargo, menos positiva que la de Belly. Aunque no es tan negativa como la que tiene sobre Nicaragua y sus habitantes. En sus escritos sobresale el contraste entre la grandeza de los paisajes de Costa Rica y el anodino carácter de sus habitantes.

En este marcado contraste se nota cómo las referencias comparativas con el arte, con Europa y su clima, fértil y benévolo, y con los efectos benignos de la atmósfera del Valle Central en los sentidos y la conducta, dan paso a todo lo contrario una vez se adentra el viajero en la región caribeña. El efecto performativo de esta imaginación geográfica dicotómica indica que, fuera del cobijo de un clima que provoca sensaciones familiares al viajante, las facultades racionales y cognitivas humanas sucumben ante la selva inhóspita, ante la frontera aún no colonizada, al punto de poner en peligro el raciocinio y el buen juicio del viajante, tal y como le sucedería años después al capitán Kurtz en *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Si bien es cierto Marr tiene algunos adjetivos positivos para otras zonas costeras del país, como el golfo de Nicoya, la riqueza semántica con que describe el Valle Central contrapuesta a la forma en la que describe al resto del país es notoriamente diferente.

Otros viajeros de finales del siglo XIX e inicios del XX parecen repetir este tipo de dicotomías entre los paisajes y la Costa Rica del Valle Central y la tierra agreste e inhóspita que se yergue fuera de ese valle. El escritor y filósofo salvadoreño Alberto Masferrer, a finales del siglo antepasado, afirma que en la región caribeña del país «la negra sangre de África corre abundante y pura [...] Pero cuando llegáis a la verdadera Costa Rica, es decir, a Heredia, a Cartago, a San José, ya estáis en un pueblo que ni por el clima, ni por la raza, ni por las tendencias es nuestro» (Molina, 2003, p. 21).

Para los viajeros españoles José Segarra y Joaquín Suliá, en 1907, esta dicotomía es característica indiscutible de Costa Rica. En el Caribe, afirman, el «elemento negro» se impone debido a que la zona es excesivamente cálida y poco salubre, y los afrodescendientes se adaptan mejor «que la raza blanca». Orotina y Guanacaste dejan en estos viajeros la sensación de la enervante presión «del calor de un horno». Atenas, en el Valle Central, por otro lado, de «ventajosa altimetría y de un clima muy saludable» está destinado a ser el «sanatorio de la República» (Agüero, 2016, p. 44).

En todos estos textos, en los que las descripciones de los viajeros extranjeros parecen calzar con la visión de nación que impulsan las clases gobernantes y los intelectuales del siglo XIX, se advierte una noción de los recursos naturales del país, especialmente sus bosques, como una mercancía que puede generar grandes dividendos. En otras palabras, la riqueza semántica con que se describen las partes, según ellos, más favorecidas del país siempre conduce a un eventual usufructo de esas tierras, a la necesidad de abrir caminos —para fines comerciales— y a la imperiosa urgencia de mejorar los medios de transporte con el fin de facilitar el comercio exterior. La belleza exuberante y la bondad del clima del Valle Central parecen una constante en la gran mayoría de quienes describieron esa región del país. También es recurrente el marcado contraste entre la estética y las sensaciones que provocan ese valle y lo que provocan otras regiones de Costa Rica. Lo que marca la ambigüedad es la visión que tienen algunos viajeros con respecto a los habitantes de ese valle y del

país en general. El nacionalista irlandés y simpatizante del filibusterismo del sur estadounidense, Thomas Francis Meagher, parece ser de los que difieren de las descripciones lisonjeras de Belly cuando se refiere a los costarricenses, más allá de los dotes de la naturaleza en la que viven.

En las descripciones de Meagher (1860) también se observa ese contraste entre lo externo al valle y lo que lo constituye. El clima de Puntarenas y Esparza lo describe el viajero como apenas por encima del grado mínimo de salubridad para la vida humana. Se apoya en fuentes «confiables» para tal afirmación, aunque a él, aparte del calor, el clima no le parece tan atroz. Al mismo tiempo, recalca casi constantemente en su relato los vastos espacios naturales libres de toda presencia humana en los alrededores de esas ciudades. Camino a San José, cerca de Orotina y San Mateo, se maravilla de las «catedrales naturales» que el bosque es capaz de crear. Sin embargo, una vez inmerso en esos parajes advierte que en ellos parecen haberse dado cita «todas las plagas del trópico» (en Vargas, 2008, p. 263).

Una vez que contempla el Valle Central, queda maravillado, como otros viajeros citados anteriormente, por su belleza escénica y por el contraste entre ese valle y lo que ha visto anteriormente desde su desembarco en Puntarenas, al punto de experimentar la sensación, casi como por algún acto de magia, de estar ante un mundo nuevo. Si bien nota la «pureza de la sangre española» de «nueve de cada diez» habitantes de ese valle y le atribuye a esa supuesta pureza la tranquilidad, la ausencia del crimen y el progreso sustancial, ve a San José como una «Liliputian city»<sup>6</sup>, en la que él y sus acompañantes son Gulliver. Es decir, el carácter pueblerino de la ciudad contrasta con la belleza escénica de sus alrededores. La poca actividad comercial de San José, lo mismo que la de Cartago, y la poca gente que ve en las calles, son indicadores de la vagancia de sus habitantes según Meagher; además, el poco trajín de la capital le provoca sensaciones de aburrimiento y desidia (en Vargas, 2008).

Este contraste entre el desbordado paisaje de la región central del país y lo anodino de sus ciudades y habitantes es expresado por William Eleroy Curtis, un diplomático estadounidense que visitó el país a finales del siglo XIX y que, a pesar de maravillarse por la belleza escénica del Valle Central, cuyo clima percibe como una «primavera perpetua», advierte que todo lo hermoso que observa es obra de la naturaleza, no del ser humano (en Vargas, 2008). A pesar de que destaca que los costarricenses son más pacíficos que el resto de los centroamericanos advierte que el «vicio nacional es la indolencia». La palabra más común entre los costarricenses es «mañana»; es decir, «en otro momento»:

---

6 Una ciudad liliputiana, en referencia a *Los viajes de Gulliver*, y a uno de los viajes del protagonista de la novela de Jonathan Swift, en el que visita una tierra de seres diminutos en la que Gulliver es un gigante.

Hay un proverbio que dice que el costarricense siempre está bajo el árbol del mañana, y por esa razón la gente es pobre y la nación está en bancarrota... Los recursos son inmensos... pero ni siquiera han sido explorados... El noventa por ciento de los nativos nunca ha salido de este pequeño valle... y el gobierno ha hecho poco para invitar la inmigración y fomentar el desarrollo. (en Vargas, 2008, p. 433)

Su visión de Costa Rica, y especialmente de los pobladores de la hasta entonces considerada la «verdadera» Costa Rica, desmiente algunas de las principales fabricaciones liberales de la época, al punto de sugerir que la única forma de dotar al país de riqueza y progreso es a través de la llegada de migrantes europeos que impriman al rico paisaje la laboriosidad y la tenacidad de la que los costarricenses carecen.

Muchos otros viajeros y cronistas destacados que recorrieron el país, como John Cockburn, Daniel Lièvre, Wilhelm Heine, Franz Xaver Kroetz, Carl Scherzer, Mortiz Wagner, Karl Von Seebach, John Francis Bransford, Henri Pitier y Karl Sapper, entre tantos otros, escribieron recuentos, ya sea como naturalistas, periodistas o diplomáticos, o como simples viajeros. En estos recuentos, el factor de la naturaleza casi siempre se presenta en términos de frontera por conquistar y el Valle Central es un oasis, a pesar de la inminente amenaza de sus volcanes, en un mundo agreste desde el cual es posible extender esa frontera de incipiente civilización. El resto del país, especialmente el litoral caribeño, presenta trabas para el progreso y urge la apertura de rutas que permitan la colonización y el aprovechamiento de sus recursos naturales, hasta entonces intactos.

No todas esas crónicas coinciden con las fabricaciones liberales de la diferencia costarricense con respecto al resto de Centroamérica. Las descripciones en los relatos fluctúan entre lo idílico y lo promisorio de la joven nación, y lo desagradable y atrasada de la misma. Evidentemente, este no es un estudio panorámico de la escritura de viajes sobre Costa Rica, ni aspira a serlo; pero el recuento de lo escrito a mediados del siglo XIX, finales del mismo e inicios del XX, permite comparar y contrastar la visión que pudiera tener un extranjero de viaje por el país durante aquella época y la autoimagen de las élites gobernantes y sus acólitos intelectuales, que se esforzaban por cimentar y difundir un imaginario idealizado que le diera solidez a la incipiente identidad nacional, imaginario en parte afianzado en los dotes de sus paisajes, su clima y habitantes.

Por un lado es importante resaltar las coincidencias entre las visiones de la naturaleza y el carácter del costarricense, según muchos de estos viajeros, y las difundidas y enseñadas en el sistema educativo liberal de la época. Por otro lado, cabe destacar que los relatos de viajeros que hicieran eco o que coincidieran con la autoimagen de las clases hegemónicas costarricenses del periodo en cuestión, como los de Félix Belly, han gozado de mayor circulación desde

entonces, al punto de obliterar otras visiones que simplemente contradecían la noción del mito de la democracia rural del Valle Central o la laboriosidad de sus habitantes. Además, es destacable que en casi toda la literatura de viajes sobre Costa Rica que mostrara sensibilidad por la naturaleza y el paisaje, especialmente durante el siglo XIX e inicios del XX, los adjetivos que connotan belleza son mayoritariamente utilizados para describir el centro del país, mientras que las periferias tendrían que esperar casi un siglo para adquirir, en la era del turismo, esos mismos atributos positivos.

En estos relatos se filtran los principales discursos e imaginarios del siglo XIX en cuanto a naturaleza, clima y características adheridas a los grupos humanos según el lugar donde vivan o su composición étnica. Muchos coinciden con las fabricaciones que las élites liberales favorecieron para dotar de identidad nacional a la joven república y que también reproducían discursos hegemónicos de la época en cuanto a raza, territorio y progreso, y que, sin embargo, no serían cuestionados hasta hace poco por historiadores como Víctor Hugo Acuña (2002) o Iván Molina (2003), filósofos como Alexander Jiménez (2002), o Flora Ovares, Margarita Rojas, Carlos Santander y María Elena Carballo (1993), en el campo de los estudios literarios.

## LAS GEOGRAFÍAS IMAGINATIVAS EN LA LITERATURA Y LA FILOSOFÍA EN COSTA RICA

La literatura y la filosofía desempeñan un papel importante en la creación de universos, espacios, lugares y paisajes, sea con la ficción o en el caso de la filosofía, a través de las ideas esbozadas, desde esa área del saber, de lo que significa ser costarricense y sobre los lugares, espacios y paisajes de la nación. En el caso de la literatura, esta se comienza a afianzar en el ámbito nacional en las últimas décadas del siglo XIX. Nombres como Ricardo Fernández Guardia, Carlos Gagini, Manuel González Zeledón, Manuel Argüello Mora o Joaquín García Monge forman parte de esa primera generación de escritores que intentaron superar la imitación de obras y corrientes literarias en boga en esa época, como el naturalismo, y trataron de narrar paisajes y personajes con características más autóctonas y situados en ambientes más locales.

Para llegar al punto que permitiera la existencia de una literatura costarricense, se tuvo que zanjar el debate entre si valía la pena o era posible hacer literatura a partir de escenarios, variaciones dialectales y situaciones puramente costarricenses. O si, por el contrario, en esa arcadía tropical en la que supuestamente nada sucedía, congelada en el idílico tiempo del labriego sencillo que trabajaba su propia parcela, y a quien el mundo exterior y sus matices le eran indiferentes, no había nada que valiera la pena narrar.

Para Fernández Guardia, como apunta Álvaro Quesada (1986), en el país no había material que pudiese servir de inspiración para una literatura auténticamente costarricense. Carlos Gagini critica la imitación en el país de corrientes europeas como el realismo o el naturalismo, casi al calco, y se queja de que «nadie se ocupa de estudiar nuestro pueblo y sus costumbres [...] los tesoros de belleza encerrados en los dramas de nuestras ciudades, en los idilios de las aldeas [...] y en la naturaleza exuberante que despliega ante nuestros ojos indiferentes su grandiosa poesía» (Quesada, 1986, p. 98).

En este debate, iniciado en 1894, por primera vez se menciona la naturaleza como parte de una estética literaria, como fuente de inspiración y como tema narrativo o poético en la literatura costarricense. Cuando Gagini habla de la *naturaleza exuberante* se refiere básicamente al Valle Central, cuna del universo narrativo en Costa Rica y en donde se escenifican estas primeras propuestas literarias en obras como *Hojarasca* (1894), de Fernández Guardia, *Chamarasca* (1898), de Gagini, los cuentos de González Zeledón o *El Moto* (1900), de García Monge, entre otras. El Valle Central es el escenario de ese universo literario incipiente. Fuese mediante el costumbrismo o la crónica histórica, elementos como la casa de adobe, la carreta, el cafetal o los minifundios, entre otros, típicos del universo paisajístico de la zona central del país, se imponen totalmente a la hacienda ganadera guanacasteca o a los bananales y cacaoales del Caribe, que, en ese universo literario, son lugares de excursión, de paso o no existen del todo (Cortés, 2003).

La literatura de la época crea, siempre en el ámbito de posibilidades del Valle Central, un escenario local de prototipos humanos, costumbres, formas de relacionarse, actividades sociales y paisajes que quedarían institucionalizados, por varias décadas, como lo que principalmente se representaba en la narrativa local. Factores como el patriarcado, la familia, la propiedad y los conflictos a partir de esos elementos son los que pueblan, en palabras de Manuel González Zeledón, «esa naturaleza bendita que solo este suelo [el del Valle Central] produce» (en Ovares et al., 1993, p. 69). Es decir, tanto en los personajes como en sus entornos quedan plasmados los elementos prototípicos de la región central del país, que, a la vez, pasan a representar lo auténticamente costarricense.

En otras formas de arte, como la pintura, componentes como la casa de adobe, con paisajes típicos del Valle Central como telón de fondo, se imponen como los elementos puramente costarricenses y como uno de los pocos motivos que vale la pena representar en las artes plásticas del país. Iván Molina detalla cómo, de 761 paisajes exhibidos en exposiciones de artes plásticas efectuadas en San José entre 1928 y 1939, 649 (un 85,3 %) muestran escenas campestres en las cuales predomina la casa de adobe aislada, rodeada de algún cafetal o potrero, con una acequia que corre cerca de la misma y con las montañas azules del Valle Central al fondo (Molina, 2003). Además, aparte de la vegetación, casi nunca aparecen personas u otros seres animados.

Max Jiménez es quizá uno de los primeros artistas, ya sea a través de su obra literaria —principalmente *El jaúl* (1937)— o de sus obras pictóricas, en presentar una visión menos idílica del Valle Central o en representar otros tipos de costarricenses, como negros o indígenas, que no calzan con el prototipo del campesino labriego sencillo de camisa blanca, pantalones azules, descalzo y de pañuelo rojo y sombrero tipo chonete blanco —es decir, vestido con los colores de la bandera—, tal y como con la casa de adobe de paredes azules y blancas y techo de tejas rojas (imagen 3).

En *El jaúl*, el paisaje creado por Jiménez resquebraja totalmente las idealizaciones estéticas del Valle Central expresadas por pintores o autores anteriores, o por viajeros como los citados anteriormente. El color dominante en la novela es el gris de la niebla y la lluvia, y constantemente hay asociaciones entre ese paisaje —un pueblo ficticio en las partes altas de Valle Central—, la muerte y la desesperanza. El clima templado del valle, idealizado por escritores y viajeros previos es inclemente, frío y húmedo en la novela de Jiménez. El clima y el paisaje se entrelazan de modo simbiótico con el carácter malvado de los personajes de la novela, en parte prototípicos del Valle Central. Estos muestran su lado oscuro y así se desmantela el mito del bonachón labriego sencillo de los cuadros costumbristas anteriores, así como la creencia de que el clima de esa región del país incita a la paz y a la bondad. Las geografías imaginativas que construyen la obra de Jiménez sugieren, entonces, otro tipo de performatividades.

**Imagen 3.** *Casa de adobes* (Ezequiel Jiménez, 1885) y *Trabajador* (Antolín Chinchilla, 1937)



**Fuente:** *Casa de adobes*, imagen tomada de la página electrónica [es.wikipedia.org](https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_de_Costa_Rica) ([https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura\\_de\\_Costa\\_Rica](https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_de_Costa_Rica)). *Trabajador*, imagen tomada de la página electrónica [es.wikipedia.org](https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_de_Costa_Rica) ([https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura\\_de\\_Costa\\_Rica](https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_de_Costa_Rica)).

Escritoras como Carmen Lyra y Yolanda Oreamuno, en la época en que Jiménez crea estos universos, cuestionan tales idealizaciones del paisaje, sus ha-

bitantes y sus costumbres. Ello sugiere una especie de ruptura entre una idea canónica previa acerca de la naturaleza benévola del valle y sus habitantes y lo que realmente se puede encontrar en este, que estos escritores críticos muestran en sus obras. La primera, en 1933, denuncia, en un ensayo titulado «El grano de oro y el peón», la explotación que sufren los pequeños productores de café por parte de los beneficiadores, y argumenta contra la idea decimonónica del labriego sencillo y pequeño propietario cuando demuestra que los grandes productores y los beneficiadores acaparan el mercado del café, imponen las reglas y abusan de aquellos que no tienen posibilidades de negociación (Lyra, 2019). A la vez que denuncia como falacia el mito de los pequeños propietarios como dueños de la tierra, pone en evidencia la desigualdad persistente en el Valle Central. Así cuestiona categóricamente dos mitos fundadores de la identidad nacional: el de la igualdad y el de la convivencia pacífica en la democracia rural.

En 1939, Oreamuno relaciona el presunto espíritu pacifista del costarricense, el marcado individualismo y el aparente espíritu demócrata con la mediocridad, la ausencia de un espíritu de lucha, la indiferencia ante el abuso y la explotación, o la simpatía con los explotadores. También asocia las ficciones idílicas decimonónicas con el temor de los costarricenses a los grandes cambios, la aversión a lo grande y lo complejo, y la pasividad de la gente en general (Oreamuno, 2019). Todos los mitos fundadores de la nación costarricense son, para Oreamuno, parte de una fachada o de un escaparate turístico que se presenta al mundo sin sustento alguno en la realidad nacional.

**Imagen 4.** *Desesperanza* (Max Jiménez, circa 1944)



**Fuente:** Imagen tomada de la página electrónica [es.wikipedia.org](https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_de_Costa_Rica) ([https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura\\_de\\_Costa\\_Rica](https://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_de_Costa_Rica)).

En escritores como Jiménez, Oreamuno o Lyra se advierte la ruptura de la relación construida en los mitos fundadores entre el progreso y el espíritu democrático del costarricense, por un lado, y el clima benévolo del Valle

Central y su aislamiento del resto del país y de Centroamérica, por otro. Los imaginarios que sustentan la identidad nacional erigida en el siglo XIX son cuestionados por estos autores, y ya el clima y el paisaje del Valle Central por primera vez no son suficientes para justificar o ayudar a justificar los supuestos expresados a través de los símbolos, lugares, paisajes y características del país ensalzadas por viajeros como Belly.

La Costa Rica exterior al Valle Central comienza a ser más protagonista en el canon literario local con la generación del 40, con escritores como Adolfo Herrera García, José Marín Cañas, Carlos Salazar Herrera, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez, entre otros. Sin embargo, a pesar de la contribución al debate de escritores anteriores a ellos, como Lyra, Oreamuno o Jiménez, los discursos dominantes acerca de la naturaleza y los paisajes en distintas regiones del país en la época siguen determinando el tratamiento de esta generación a los espacios y paisajes en sus obras.

La novela corta *Juan Varela* (1939), de Herrera García, es un ejemplo de ello. El prototipo del labriego sencillito del Valle Central, de Santa Bárbara de Heredia, se aventura con su pareja a buscar vida fuera del cobijo paternal de su terruño. En las bajuras de Barranca, donde hay «mala tierra, y mucha culebra», el protagonista experimenta las consecuencias del despiadado paisaje y la yerma tierra fuera del cobijo idealizado de su valle natal. Se marchan de él y una vez fuera del abrigo de ese lugar idealizado, ambos descienden de ese edén primigenio y sucumben ante unos elementos geográficos y paisajísticos contruados de modos que surten efectos demoledores en ellos. José Marín Cañas se aventura a ir más allá de la parte central del país a la hora de crear universos literarios y, curiosamente, para poder crear un mundo de selva tropical inclemente incluso tiene que abandonar la imaginería costarricense y, basándose en mapas y reportes de periódicos, construye su propia versión del Chaco sudamericano en *El infierno verde* (1935), una obra que ni siquiera sucede en Costa Rica.

Son Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez quienes introducen en la narrativa costarricense de manera más sistematizada y sofisticada, universos paisajísticos y espaciales exteriores al Valle Central. En estos universos, los espacios localizados principalmente en el litoral caribeño y sus alrededores son la frontera a la que se desplazan los protagonistas de sus obras, todos hombres y originarios de ciudades y pueblos de la región central del país. En novelas como *Marcos Ramírez* (1952) o *Mi madrina* (1954), de Fallas, que suceden principalmente en Alajuela y San José, el paisaje es construido de modos muy distintos a la forma en que este aparece en, por ejemplo, *Mamita Yunai* (1941), del mismo autor. En las primeras novelas predomina el paisaje idealizado, generoso, nostálgico; el clima es benévolo, agradable, estimulante. En el Caribe —de *Mamita Yunai*—, en cambio, el clima y el paisaje son mal-sanos, apabullantes, avasalladores para el espíritu humano, cargados de enfermedades tropicales, y justos y adecuados telones de fondo que se entrelazan

con las historias de explotación e injusticia narradas en el estilo del realismo social del autor. Lo mismo podríamos decir que sucede en obras como *El sitio de las abras* (1950), de Dobles, o *Puerto Limón*, de Gutiérrez (1950).

Esta mirada de personajes prototípicos, como Sibajita, en *Mamita Yunai*, provienen de un mundo bastante idealizado en cuanto a paisaje, clima y ciertos valores humanos, aunque claramente pobre y carente de muchas necesidades básicas. Debido a esas mismas carencias son forzados a buscar vida en otras regiones del país, como las zonas bananeras del Caribe. Son la encarnación de la incursión del lado menos favorecido del Estado costarricense en esos otros territorios, en la Costa Rica periférica, la de las selvas inhóspitas, las enfermedades tropicales y los latifundios, supuestamente ajenos al paisaje, al clima y a los modos de vida reposados del Valle Central. En estos personajes se manifiestan muchas de las ideas dominantes de la identidad nacional costarricense, de la auto imagen de los pobladores del centro del país y de los prejuicios que han interiorizado, desde el siglo XIX, acerca de todos los grupos humanos que no calcen con los ideales liberales que forjaron la identidad nacional, como los migrantes jamaquinos o los indígenas. De ahí que en estas novelas se puedan detectar indicios de racismo y de etnocentrismo típicos del pensamiento dominante de la época, a pesar de su orientación de denuncia.

El paisaje y el espacio producido son moldeados por imaginarios sociales heredados del siglo anterior, difundidos a nivel político y educativo, y reforzados por la visión de viajeros como los citados anteriormente. El efecto de las geografías imaginativas proyectadas en estas obras es fundamental y muy influyente, no solo en el canon literario costarricense, sino también en el imaginario colectivo, acerca de las situaciones que se vivían en el Caribe costarricense en aquella época, especialmente porque la obra de estos escritores tenía un carácter de denuncia. En el siglo XX el Caribe constituye una zona de convergencia, en donde confluyen jamaquinos, nicaragüenses, chinos y otros grupos de migrantes pobres provenientes del Valle Central y otras partes del país, como Guanacaste, atraídos por las plantaciones bananeras. Esta situación convierte a Limón no solo en una tierra de advenedizos; también en la última frontera por conquistar por parte del Estado costarricense en donde, hasta mediados del siglo pasado, grupos como los afrodescendientes seguían siendo considerados extranjeros aunque hubieran nacido en el país.

Es decir, en la construcción de la identidad nacional, hasta hace relativamente poco tiempo, Limón fue una especie de alteridad interna, de clima malsano y de espacio habitado por extraños al prototipo favorecido en el imaginario costarricense (Anglin, 2018)<sup>7</sup>. Todo esto se manifiesta en las formas en que

---

7 Sin embargo, como mecanismo de reafirmación de una cultura propia, también existió un sentimiento generalizado, entre los afrodescendientes de Limón, de cierto orgullo de su propia condición de no ser considerados costarricenses como los ciudadanos del Valle

los paisajes caribeños y los grupos humanos que los pueblan son construidos en las obras de la Generación del 40, y en cómo estos discursos que dividen al país en dos —el benévolo Valle Central, donde habita el verdadero costarricense, en contraposición al resto del país— se hacen palpables e intensifican y mediatizan la percepción de esos lugares.

En la literatura costarricense no sería sino hasta finales del siglo xx e inicios del xxi cuando, con escritoras como Tatiana Lobo, con *Calypso* (1996), o Anacristina Rossi, con *La loca de Gandoca* (1992), *Limón Blues* (2002) o *Limón Reggae* (2007), que lo exterior al Valle Central, especialmente el Caribe, cobra vida como un universo propio, con sus propias voces y protagonistas de origen local y como personajes principales, y no con advenedizos del Valle Central. Se critica el genocidio cultural que sufrió la provincia de Limón con la expansión del Estado costarricense a esos territorios, sin el menor respeto por las particularidades étnicas y culturales de sus pobladores locales y sin ningún recelo por las consecuencias negativas del turismo en lugares como el Caribe sur, especialmente en su medio ambiente y las identidades locales. La selva, las montañas y las playas caribeñas son resignificadas por las autoras como ricas y variadas, natural y culturalmente, y como algo que se debe preservar por sus propios méritos y no simplemente como mercancía turística o como campos destinados a la explotación agroindustrial.

El Valle Central, sus paisajes y naturaleza, por otra parte, hacia finales del siglo xx, e incluso antes, con escritoras como Carmen Naranjo, deja de ser ese espacio idealizado por la nostalgia y se transforma en un universo urbano, donde acontecen situaciones en las que afloran dramas humanos más complejos en los que predomina el desencanto. Figuras como Fernando Contreras, Catalina Murillo, Linda Berrón, Carlos Cortés o Alexander Obando forman parte de este grupo de escritores.

Ahora bien, al hablar del papel de la filosofía en el tratamiento de geografías, espacios y paisajes costarricenses, y en el examen de estas marcadas divisiones entre los lugares y territorios del Valle Central, por un lado, y los espacios exteriores a este, vemos que sucede algo muy particular. Es cierto que la literatura guarda cierta correspondencia con las realidades en las que se sitúa, e incluso se puede considerar como un vehículo de crítica y análisis de coyunturas sociales, políticas e históricas; pero también, por su constitución la literatura es en principio ficción, y no tiene que ser necesariamente, por esencia, una lupa a través de la cual un lector puede adentrarse en un mundo

---

Central. Las oleadas de migrantes jamaíquinos siempre se ufanaron de mantener una conexión con el imperio británico o con metrópolis como Nueva York. Este sentimiento de orgullo facilitó en parte el impulso al proyecto del Black Star Line en Limón y a la impronta de figuras como Marcus Garvey, de periódicos en inglés, iglesias, escuelas y logias masónicas ligadas a redes de logias en Estados Unidos.

real a pesar de que en principio esté leyendo algo que no necesariamente haya sucedido. Tomar la literatura simplemente como una ventana que da a una realidad o a cierto pasado histórico es tener una visión limitada de esta. La interpretación o el análisis de fenómenos sociales o culturales no tiene que ser la principal función u objetivo de la literatura, aunque definitivamente puede ser una de sus dimensiones. No podemos asumir que todo escritor de ficción o poesía tiene como principal objetivo aleccionar, sermonear, predicar o analizar un determinado contexto.

En el caso de la filosofía la situación es distinta, o al menos debería serlo, ya que la filosofía parte del análisis de situaciones complejas. Para hacer filosofía nos hace falta tener una capacidad de asombro, de crítica y de transformación frente a una determinada realidad. Sin embargo, en un continente como el latinoamericano, incluida Costa Rica, como sostiene Helio Gallardo (2012), la filosofía más bien se asocia con individuos cuyos cargos académicos y títulos universitarios los legitiman ante la sociedad y los faculta para autodenominarse filósofos.

Esta legitimación se da con la publicación de artículos o libros, o bien al dictar clase, conferencias o ponencias, pero no necesariamente a través de pensar, criticar o cuestionar las estructuras de poder (Gallardo, 2012). En sociedades como las latinoamericanas, en que los puestos y los títulos importan tanto, en parte debido a resabios coloniales devenidos de lo que el mismo Gallardo llama *sociedades señoriales* o de status, un profesor universitario que ostenta tal distinción, que imparte clases de filosofía y publica artículos y libros en los que discute sobre filosofía y se decanta por determinadas teorías y debate con otras, es a menudo considerado un filósofo, aunque en el término estricto de lo que la palabra significa no lo sea.

Tal situación se corresponde con lo que sucedió en Costa Rica con la filosofía como profesión u oficio, a partir de la creación de la Universidad de Costa Rica, en 1940, y hasta finales del siglo xx<sup>8</sup>. El trabajo crítico más influyente acerca de los modos de «filosofar» en Costa Rica durante ese periodo, y de cómo esos intelectuales imaginaron la idea de lo que significa ser costarricense, es *El imposible país de los filósofos*, de Alexander Jiménez (2002). En este libro el autor acuña el concepto de *nacionalismo étnico metafísico* para referirse a la forma descontextualizada de la historia, la economía, la política y

---

8 Con anterioridad a este periodo hubo intelectuales que participaron en la divulgación y enseñanza de la filosofía en Costa Rica, tanto en el siglo xix como en el xx. Entre ellos se puede nombrar a Rafael Osejo, Nazario Toledo, Nicolás Gallegos, Mauro Fernández, Antonio Zambrana y Valeriano Fernández Ferraz, en el siglo xix; y Roberto Brenes Mesén, Abelardo Bonilla, Alberto Masferrer, Joaquín García Monge, Jorge Volio y Moisés Vincenzi en el xx (Jiménez, 2019). Sin embargo, no fue sino hasta la fundación de la Universidad de Costa Rica que, como tal, la institucionalidad filosófica adquirió suficiente formalidad en Costa Rica.

la cultura en la que intelectuales como Luis Barahona, José Obdulio Cordero, Constantino Láscaris, Carlos Monge Alfaro, Rodrigo Facio o Arnoldo Mora discutieron y definieron lo que significaba ser costarricense.

Esta discusión se dio en total complicidad con el poder hegemónico —en vez de cuestionarlo o explicarlo, como debería hacer un filósofo— y dio por sentadas, verdaderas e inmutables muchas de las fabricaciones liberales decimonónicas que contribuyeron a darle forma a la identidad nacional, como la singularidad costarricense, el carácter laborioso y pacífico de sus habitantes, la ausencia de conflicto, o la ascendencia europea de su población. La idea de nacionalismo metafísico tiene que ver con la poca o nula relación entre la forma en que estos intelectuales imaginaron y enseñaron la identidad costarricense, por un lado, y las realidades históricas de Costa Rica, desde la colonia hasta el tiempo en que escribieron sus obras e impartieron lecciones.

La idea de nacionalismo étnico se asocia al hecho de que, siguiendo las doctrinas de blanqueamiento liberales del siglo XIX, estos intelectuales no solo no las cuestionan en ningún momento, sino que suponen que Costa Rica es una nación blanca, de descendientes de europeos, principalmente españoles, con un sentido de igualdad e individualismo que viene desde la Colonia, ante la supuesta ausencia o escasez de poblaciones indígenas o esclavos negros —otras dos fabricaciones insostenibles ante la evidencia histórica—. O bien, que en el país, y principalmente en el Valle Central, el mestizaje fue menor<sup>9</sup>.

En ningún momento se examina el origen de estos supuestos, como tampoco sus consecuencias, no solamente sobre las poblaciones que no concuerden con el ideal imaginado, también sobre aquellas, especialmente del Valle Central, que creen tener tales atributos de blancura y paz, cuando en realidad lo que hacen es interiorizar un discurso hegemónico ajeno. Identificarse con este discurso les impide pensar en su propia desigualdad, pobreza y falta de oportunidades, o en los abusos de las clases hegemónicas contra ellos mismos. De ahí que, como señalan intelectuales como Yolanda Oreamuno, el costarricense promedio generalmente se identifique más con el opresor que con el oprimido, precisamente porque la interiorización de esos ideales étnicos metafísicos hace que le sea más difícil percibir su propia condición subalterna (2019).

Así, a partir de estos supuestos, legitimados por una clase intelectual vinculada a puestos de poder —ya fuera en la misma Universidad de Costa Rica o en los gobiernos de turno desde 1940 hasta finales del siglo XX—, el Valle Central se yergue como la Costa Rica esencial y primigenia. Las periferias —

9 Desde el siglo XVI está bien documentada la importación de esclavos africanos en Costa Rica, no solamente en regiones como Guanacaste, también en el Valle Central. Asimismo, se pone en tela de duda el reducido número de indígenas que supuestamente había en las regiones centrales del país y, por supuesto, el bajo índice de mestizaje, que, en realidad, era muy común desde tiempos de la colonia.

Limón, Guanacaste o Puntarenas— al no compartir la misma «historia» del centro del país, son otros territorios, poblados por personas que deben interiorizar este discurso étnico metafísico si quieren ser realmente costarricenses, aunque siempre conservarán un rastro de otredad, incluso en nuestros días.

Así, Guanacaste es una región de cultura de llanura, de hábitos y visiones de mundo anteriores, o del todo ajenos a una Costa Rica *auténtica*. Se considera una provincia supeditada únicamente a las relaciones sociales que permite la hacienda ganadera, de desigualdad y pobreza persistentes. En esa provincia vive gente que no calza con el prototipo costarricense imaginado del Valle Central, sino que se trata de personas con un acento y un léxico supuestamente más próximos a Nicaragua y que, hasta hace muy pocos años eran objeto de calificativos despectivos como «nica regalado» por parte de los «costarricenses auténticos» del centro del país. Limón, por su parte, es la provincia de los negros —dado que la historiografía hegemónica se encargó, de forma muy exitosa, de borrar la presencia africana en Costa Rica durante la colonia, aunque existieron pobladores de ascendencia africana desde el siglo XVI—. O bien, con excepción de la imagen positiva de algunos destinos turísticos, como Puerto Viejo o Cahuita, es una provincia de pandillas criminales y narcotraficantes, morbosamente retratados en los medios sensacionalistas del país.

Este tipo de visiones, sobre todo cuando proceden de intelectuales con influencia en el tejido institucional costarricense de la segunda mitad del siglo XX, contribuyó a la perpetuación de la desigualdad territorial del país, que sufrimos hasta el día de hoy, en todos los aspectos, incluyendo, por supuesto, el educativo<sup>10</sup>. Con este panorama, en el mundillo intelectual costarricense lo que ha persistido durante muchos años es la zona central del país. Prácticamente todos los atributos positivos del ser costarricense, repetidos hasta el cansancio, incluso hoy en día, por los grandes medios de comunicación —país de democracia y paz intrínsecas, país más feliz del mundo, etc.— son interiores al valle.

---

10 Las universidades estatales tienen sedes «centrales» y «sedes regionales», e incluso la Universidad Nacional, por ejemplo, les asigna a las sedes regionales nombres indígenas, con todo lo que ello implica en el imaginario identitario costarricense. Las «sedes centrales» son las «dueñas» de las carreras que les «prestan» a las «sedes regionales», que se encuentran sujetas a todo tipo de fiscalización y sujeciones administrativas, algunas absurdas, por parte de las «sedes centrales». Es decir, nombres como Universidad Nacional o Universidad de Costa Rica son nacionales o costarricenses en tanto estén en el Valle Central y sean regidas desde allí. En cuanto salen de ese lugar, deben ser controladas y fiscalizadas desde las «sedes centrales» y pasan a ser regionales, no nacionales o de Costa Rica. Lo mismo podríamos decir que ocurre con cualquier otra institución pública, de cualquier tipo.

También provienen de ese valle, y le son intrínsecos según ese discurso intelectual, atributos como la homogeneidad racial, el individualismo y la democracia inherente, entre otras, expresadas en metáforas empíricamente insostenibles. Un guanacasteco o un limonense serán costarricenses en cuanto se crea democrático y pacífico y ostente todos los otros atributos imaginados. Sus particularidades étnicas y culturales serán matices regionales, algunos folklorizados, como en el caso de Guanacaste, y otros adaptados para emplearse como mercancía turística, como en el caso de Limón y toda la imposición de la onda reggae o rastafari, muy apreciada y publicitada por la industria del turismo.

Intelectuales como Carlos Monge Alfaro (1976) o Rodrigo Facio (1975) retomaron ideas decimonónicas que nutrieron la identidad nacional durante el periodo liberal y fabricaron un nacimiento de la identidad y la nación costarricense aun anterior al siglo XIX. Su nación imaginada tiene su origen en un cierto determinismo geográfico —el que permite el benévolo y aislado clima del Valle Central—; en la pobreza repartida equitativamente entre los colonos españoles, origen de una ficticia igualdad y de un ambivalente espíritu solidario, mezclado con individualismo derivado de la autosuficiencia; en la supuesta ausencia o poca presencia de indígenas en ese bucólico valle; y, por supuesto, en la homogeneidad racial de aquellos labriegos sencillos que poblaron dicho territorio. Es decir, desde mediados del siglo XX, tanto en el plano educativo como en el intelectual e incluso en el institucional, volvemos a una especie de perennialismo, en el que las condiciones preexistentes aparentemente determinan la esencia del costarricense. Esa esencia es ubicable en el Valle Central, y las fronteras imaginadas hacia las cuales la esencia nacional debería extenderse y dominar son regiones costeras y de llanura, como Guanacaste y Limón.

Esa especie de determinismo geográfico como forma de análisis de la formación de la identidad nacional se extiende durante muchos decenios, casi hasta el final del siglo XX. Para filósofos como Arnoldo Mora (1989), el factor determinante de la historia de Costa Rica es su situación geográfica. La segunda determina la primera. La misma línea comparte Constantino Láscaris (1975), quien también imbrica geografía y carácter, al sostener que existe en el costarricense una especie de reflejo del clima y la geografía en su forma de ser: individualismo y anonimato, mezclados con una herencia cultural española del siglo de oro. Eugenio Rodríguez Vega (1953), por su parte, afirma que el costarricense promedio se parece al Valle Central: carácter apacible, sin grandes odios, sin grandes perjuicios y sin grandes pasiones.

Esta especie de topofilia identitaria es interesante por varias razones. Primero, porque rescata y actualiza elementos liberales del siglo XIX, y los adapta a nuevas realidades, como las que propone y posibilita el Estado benefactor de 1940 a 1980. Es decir, es capaz de acudir a aspectos originales de la ideología liberal decimonónica y dotarlos de un halo académico renovado y aun más

legítimo que en épocas anteriores. Por otra parte, estos intelectuales acuden constantemente a factores esencialistas y perennialistas que, a pesar de no soportar el rigor de la pesquisa empírica, muestran los elementos que propician y conforman la identidad nacional como eternos e inmunes al cambio. Tanto el espacio como los paisajes del Valle Central parecen no haber cambiado en cinco siglos y adquieren un carácter performativo que señala las prácticas y acciones que en esos espacios se deberían dar.

Por último, se establece y legitima definitivamente al Valle Central como la cuna y la frontera definitiva de lo auténticamente costarricense. Las exclusiones que esta tradición crea se ubican fuera del Valle Central, abajo, en las costas, donde el clima es cálido, muy húmedo o malsano, y donde habita gente diferente, que no calza con la visión idílica que esos intelectuales fabrican y que logran filtrar en el sistema educativo e institucional.

Cuando pensadores como Láscaris o Facio hablan del carácter del costarricense, se refieren a la supuesta idiosincrasia del Valle Central. Láscaris sostiene que el carácter del costarricense tiene una explicación en el «enmontañamiento» de su población, que viene desde la época colonial y que se hereda de una generación a otra, aun cuando se deje de vivir en las montañas azules del Valle Central. Ese enmontañamiento se dio, según el filósofo, como una forma de huir del conflicto y de la regulación autoritaria de índole colonial, y a su vez propició una sociedad más igualitaria y menos conflictiva, principalmente en comparación con otros países de la región (Láscaris, 1975). Es decir, el determinismo geográfico establece las exclusiones y las fronteras imaginadas dentro del mismo territorio nacional y en relación con naciones vecinas. Carlos Monge Alfaro incluso sostenía que en una provincia como Guanacaste, al tratarse de una cultura de llanura, la generación de pensamiento era imposible (1976).

El oficio filosófico en Costa Rica, al menos aquel que se ocupa de problematizar lo que significa ser costarricense, no se ha adentrado en la complejidad histórica, cultural o económica, o incluso religiosa, de lo que ello implica. Toda una generación de intelectuales, fundadores de la institucionalidad filosófica en Costa Rica, absorbió sin cuestionarlos todos los supuestos metafísicos, insostenibles empíricamente, originados en el siglo XIX, y los institucionalizó como si fueran verdades incuestionables en el ámbito académico. Con tales supuestos metafísicos, las geografías imaginativas, la topofilia y la performatividad geográfica siempre fueron mecanismos a través de los cuales se filtraron todo tipo de imaginarios sociales mayores, discursos y supuestos, en muchas ocasiones enraizados en fantasías y prejuicios, pero que fueron institucionalizados por esta generación de intelectuales hasta ser aceptados casi sin cuestionamiento como parte de nuestra constitución como nación imaginada y funcional.



# CONCLUSIONES

El ejercicio hecho muestra las intrincadas interconexiones entre la literatura, la geografía, los paisajes, los espacios y las formas sancionadas de imaginar un territorio. El escenario en el que un texto ocurre no es un simple componente de su totalidad, en el sentido formalista. Tampoco es un reflejo fidedigno de los escenarios sociales que alimentan la imaginación de los autores o de los que ellos mismos forman parte. El texto se construye y a la vez construye; es significativo y, a la vez, significado; encarna imaginarios sociales mayores.

Las formas como hemos imaginado durante los últimos dos siglos lo que constituye el territorio costarricense no solo forma parte de los textos; también colaboran en su moldeamiento. Al mismo tiempo, a través de la circulación, la canonización o la sanción de los intelectuales y escritores que los producen, contribuyen a poner en circulación imágenes, concepciones, ideas y fantasías acerca de nosotros mismos, que, a la postre, se terminan convirtiendo en parte de nuestra identidad nacional, con todas las trampas que las visiones esencialistas de esta nos puedan tender.

Incorporar a la discusión recursos teóricos como los explicados y utilizados en estas páginas contribuye a expandir el significado y los alcances del corpus literario y filosófico abordado en este trabajo. Si bien son claras y bien discutidas las contribuciones de algunos escritores e intelectuales costarricenses a darle forma al panorama identitario y académico de Costa Rica, conviene ahondar en aspectos más específicos, así como en las conexiones entre esos elementos e imaginarios, discursos y poderes hegemónicos mayores que, en la mayoría de las ocasiones y de forma a veces insospechada, terminan habitando y dándole forma a esos textos, o bien facilitando su sanción y circulación.

Los acercamientos sociohistóricos tienen que ahondar en estas cuestiones. El texto es parte de un contexto; como tal, impregnado de visiones de mundo que no se pueden explicar solamente conforme a una contextualización temporal básica e inmediata. Lo insospechado debe ser relacionado con su construcción y difusión. No basta con estudiar las situaciones históricas sincrónicas a los textos; es importante interconectarlas con escenarios mayores, y para ese ejercicio es especialmente útil el aporte teórico de los imaginarios sociales.

Por último, el bagaje teórico ofrecido aquí procura la discusión de textos a partir de sus conexiones con discursos hegemónicos que no necesariamente están presentes de formas fácilmente mostrables en ellos, o bien de forma

explícita. Hegemonía implica *asentimiento*, no solo imposición represiva. El poder hegemónico se sanciona a través de medios que en principio no están relacionados con los aparatos represivos del Estado; en esta sanción los intelectuales a menudo tienen papeles protagónicos. Es necesario que quien se ocupa del estudio de los textos advierta estas conexiones. Como afirma Néstor García Canclini, «lo imaginario viene a complementar, a dar un suplemento, a ocupar fracturas o los huecos de lo que sí podemos conocer» (2007, p. 90). No podemos seguir asumiendo que el autor ejerce un total control de sus propias formas de representar. Tener presentes estas advertencias potencia las capacidades derivativas de los textos mismos, al tiempo que facilita sus lecturas en nuevos contextos, como los que se suscitaron en el campo intelectual costarricense a partir de finales del siglo pasado e inicios del presente, cuando el esencialismo y el perennialismo con que se entendía la identidad nacional costarricense, las formas de imaginar el territorio costarricense y las maneras de pensar sus habitantes a nivel académico, comenzaron a examinarse críticamente.

# BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Acuña, V. H. (2002). La invención de la diferencia costarricense. *Revista de Historia*, 45, 191-198.
- Agüero, J. (2016). Apuntes acerca de la naturaleza y las vías de comunicación de Costa Rica, una mirada a partir de una excursión de 1907. *Revista Herencia*, 29(1), 39-50.
- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Anglin, L. (2018). La alteridad interna: representaciones sobre el Caribe en la construcción de la identidad nacional. *Cuadernos Intercambio*, 5(1), 76-89.
- Aristóteles. (1974). *Poética*. Madrid: Gredos.
- Bachelard, G. (1975). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barboza Núñez, Esteban. (2019). *Litorales imaginados, dominios construidos: desarrollo turístico de sol y playa y discurso colonial en Guanacaste, Costa Rica* [Tesis de doctorado]. Universidad de Costa Rica, San José.
- Belly, F. (1859). *Apertura del Istmo Americano. Canal de Nicaragua*. París: Oficinas de la Dirección del Canal.
- Bratlinger, P. (1988). *Rule of Darkness: British Literature and Imperialism, 1830-1914*. Ithaca: Cornell University Press.
- Carey, M. (2011). Inventing Caribbean Climates: How Science, Medicine, and Tourism Changed Tropical Weather from Deadly to Healthy. *Osiris*, 26(1), 129-141.
- Castillo, M. (2016). Contextualización histórica del concepto de paisaje, sus implicaciones filosóficas y científicas. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 54(143), 11-24.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1998). *El avance de la insignificancia*. Madrid: Cátedra.
- Chaparro, A. (2013). *Pensar caníbal: una perspectiva amerindia de la guerra, lo sagrado y la colonialidad*. Buenos Aires: Katz.
- Cortés, C. (2003). *La invención de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Culler, J. (2007). What Is Literature Now? *New Literary History*, 38(1), 229-237
- Emerson, R. [1836] (2016). *El espíritu de la naturaleza*. Madrid: Verbum.
- Facio, R. (1975). *Estudios sobre economía costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.

- Fernández, R. (1929). *Costa Rica en el siglo XIX descrita por John Hale, John Lloyd Stephens, Robert Glasgow Dunlop, Whihelm Marr, Ephrain G. Squier, Francisco Solano, Thomas Meagher, Anthony Trollope, Félix Belly*. San José: Gutenberg.
- Gallardo, H. (2012). Sobre el carácter filosófico de la investigación en filosofía. XVI-II *Encuentro del Instituto de Investigaciones Filosóficas*. Universidad de Costa Rica.
- García-Canclini, N. (2007). ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? *EURE*, 33(99), 89-99.
- Gobineau, J. A. (1986). *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Barcelona: Ediciones Apolo.
- Goebel, A. (2005). Ciencia, legislación y discurso conservacionista. *Diálogos*, 6(2), 1-39.
- Goebel, A. (2017). Bosques, fincas y ciudades: un acercamiento al proceso socio-metabólico de apropiación en la región norte de Costa Rica (1900-1955). *Revista de Historia*, 75, 13-51.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.
- Gregory, D. (1994). *Geographical Imagination*. Oxford: Blackwell.
- Harvey, D. (1985). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Hulme, P. (1986). *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. Londres: Methuen.
- Jáuregui, C. (2008). *Canibalia: Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana-Vervuet.
- Jiménez, A. (2002). *El imposible país de los filósofos: el discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Jiménez, A. (2019). *Libros e institucionalidad filosóficos en Costa Rica. Conferencia. Jornadas de Investigación Filosófica*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Kant, I. [1790] (1977). *Crítica del juicio*. México: Espasa-Calpe.
- Láscaris, C. (1975). *El costarricense*. San José: EDUCA.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Linnæus, C. N. [1735] (2020). *Systema naturae*. Estocolmo: Laurentius Salvius.
- Lowenthal, D. y H. Prince (1964). English Landscape. *The Geographical Review*, 54 (3), 309-346.
- Lyra, C. (2019). El grano de oro y el peón. En *Antología del pensamiento crítico costarricense*. Eds. M. Sagot y D. Díaz. Buenos Aires: CLACSO.
- Magnavacca, S. (2008). Una perspectiva sobre la naturaleza en el humanismo italiano. *Filosofía Unisinos*, 9(1), 84-96.
- Marr, W. [1867] (2004). *Viaje a Centroamérica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Marx, K. [1867] (2007). *El capital*. Madrid: Akal.
- Meagher, T. F. [1860] (2008). Holidays in Costa Rica, III. En *Tropical Travel: The Representation of Central America in the 19th Century*. Comp. J. C. Vargas. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 304-319.

- Mitchell, W. (2002). *Landscape and Power*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Molina, I. (2003). *Costarricense por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante los siglos XIX y XX*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Monge Alfaro, C. (1976). *Historia de Costa Rica*. San José: Trejos.
- Mora, A. (1989). La democracia costarricense y sus condiciones de posibilidad. En *Democracia costarricense: pasado, presente y futuro*. Ed. C. Urcuyo. San José EUNED.
- Oreamuno, Y. (2019). El ambiente tico y los mitos tropicales. En *Antología del pensamiento crítico costarricense*. Eds. M. Sagot y D. Díaz. Buenos Aires: CLACSO.
- Ovares, F., Rojas, M., Santander, C. y Carballo, M. E. (1993). *La casa paterna: escritura y nación en Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Petrarca, F. [1353] (1978). *Obras, Epistolarios, Familiares*. Madrid: Alfaguara.
- Platón. (1986). *República*. Madrid: Gredos.
- Pratt, M. (2010). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quesada, A. (1986). *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, E. (1953). *Apuntes para una sociología costarricense*. San José: Editorial Universitaria.
- Roger, A. (2007). *Breve tratado del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rossi, A. (1992). *La loca de Gandoca*. San José: Editorial Legado.
- Rossi, A. (2002). *Limón Blues*. Cali: Alfaguara.
- Rossi, A. (2007). *Limón Reggae*. San José: Editorial Legado.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. Nueva York: Vintage.
- Said, E. (1993). *Culture and Imperialism*. Nueva York: Vintage.
- Solórzano, J. (2008). Tropical Travel: The Representation of Central America in the 19th Century. ¿Denuncia histórica o visión inquisidora de los viajeros? *Anuario de estudios centroamericanos*, 33-34, 29-48.
- Soto-Quirós (2017). Construyendo un imaginario externo de Costa Rica en el siglo XIX: el caso de Félix Belly. *Cuadernos Intercambio sobre Centroamérica y el Caribe*, 14(1), 145-176.
- Spurr, D. (1993). *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*. Londres: Duke University Press.
- Taylor. C. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- Todorov, T. (1973). The Notion of Literature. *New Literary History*, 5(1), 5-16.
- Vargas, J. (2008). *Tropical Travel: The Representation of Central America in the 19th Century*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Zubelzu, S. y F. Allende. (2015). El concepto de paisaje y sus elementos constituyentes. *Cuadernos de Geografía*, 24(1), 29-42.

Zusman, P. (2013). La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos. *Revista de Geografía Norte Grande*, 54, 51-66.

*Cilampa* (segunda serie) es la colección de cuadernillos temáticos y de divulgación científica de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje (ELCL); tiene como propósitos mayores, primero, la edición, digital e impresa, de obras de referencia y demostrada solvencia académica; segundo, la creación de una interesante oferta de materiales didácticos. Se trata de publicaciones breves, no superiores a ochenta páginas, destinadas a dar cuenta del desarrollo de las distintas áreas de conocimiento inscritas en el seno de la ELCL; publicaciones cuidadosas en el desarrollo del contenido técnico, concebidas mediante líneas editoriales específicas, escritas en un estilo llano y explicativo, de naturaleza monográfica o miscelánea, diseñadas con esmero y editadas en arreglo con los modernos preceptos editoriales.

COMISIÓN EDITORIAL DE LA ESCUELA DE LITERATURA Y  
CIENCIAS DEL LENGUAJE

UNIVERSIDAD NACIONAL (COSTA RICA)

D. Gabriel Baltodano

D.<sup>a</sup> Sherry Gapper

D.<sup>a</sup> Mayra Loaiza, directora ELCL

D. Carlos Francisco Monge

D. Jimmy Ramírez

D. Andrew Smith

D. Francisco Javier Vargas Gómez

Impreso en Heredia

El concepto *geografías imaginativas* permite entender cómo se imaginó la geografía costarricense en la escritura de viajes. Han contribuido a difundir modos de vernos, a pensar nuestras circunstancias y a demarcar los límites de lo que imaginamos como auténticamente propio. En este ensayo se analiza la cuestión de lo imaginario y las geografías imaginativas, así como su contribución al pensar y crear lugares en Costa Rica. Se realiza mediante el análisis de momentos clave de la narrativa y del quehacer intelectual costarricense, y de las conexiones entre tales formas de imaginar y ciertos discursos hegemónicos acerca de lo que significa ser costarricense, aún vigentes en la actualidad.

**ESTEBAN BARBOZA NÚÑEZ**

Profesor de la Universidad Nacional de la Sede Regional Chorotega (Guanacaste, Costa Rica). Doctor en Estudios de la Sociedad y la Cultura. Sus investigaciones giran en torno a la cuestión poscolonial, el turismo y la construcción de imaginarios socioculturales, las regiones periféricas y su relación con el centro, la identidad y los espacios y grupos marginales, entre otros. Sus libros, artículos en publicaciones periódicas y capítulos en obras colectivas sobre esos temas suman una treintena. Ha participado en numerosos congresos, seminarios, coloquios y encuentros en Costa Rica y en el exterior.